

# DIARIO

Decano de  
la Prensa  
de Cuba

# DE LA MARINA

Sección dominical  
Literatura-Amenidades  
Reportajes-Colaboraciones  
exclusivas de Europa y  
America

Habana 16 de Julio, 1939

"NOUS JURONS DE NE PAS  
NOUS SÉPARER AVANT  
D'AVOIR DONNÉ  
UNE CONSTITUTION A LA FRANCE"

«Juramos no separarnos antes de haber  
dado una Constitución a Francia».



## A los 150 AÑOS de la

LOS PERSONAJES QUE JURARON LA CONSTITUCION EN el «Jeu de Paume», el 20 de junio de 1789 (Dibujo de David). 1—Bally; 2—Sleyés; 3—Gregoire; 4—Rabaut St. Etienne; 5—Dom Gerle; 6—Potion; 7—Merlin; 8—Robespierre; 9—Mirabeau; 10—Dubois de Crancé; 11—Barnave; 12—Camus; 13—Martin; 14—Roederer; 15—Prieur de la Marne; 16—Rwbell, y 17—La Chapelier. A la derecha: Un personaje de aquellos momentos: Desmoulins.

## Constitución Francesa



**P**OURQUOI ces ignobles entraves, — Ces fers de longtems préparés?». —

Las palabras debían surgir más tarde en las estrofas inmortales de la Marsellesa. Pero ese día, 14 de julio de 1789, hace ciento cincuenta años, estaban en el corazón de la muchedumbre que, después de haber tomado los Inválidos, caminaba hacia el vetusto y sombrío castillo que simbolizaba el viejo régimen imperante: la Bastilla.

Esas «ignobles entraves» y esos «hierros, desde hace mucho preparados», habían colmado el límite de la resistencia ciudadana. El monarca, Luis XVI, rodeado por cortesanos egoístas y frívolos, no había sabido hacer frente a la situación. La intriga se había sobrepuesto a la prudencia, y Necker, el ministro de Hacienda que habría podido aportar un remedio a la crisis, había sido despedido.

El fermento popular hervía en las calles. La voz de Camilo Desmoullins se hacía oír, interrumpida por el rugido de la multitud que arengaba. Y ésta, enardecida, ola humana incontenible, se había precipitado contra la Bastilla, símbolo del omnímodo poderío de la corona. Después de la horrenda carnicería y de la toma final de la ciudadela por el pueblo, sacaron de las mazmorras a los siete presos que constituían la población penal: dos de ellos locos de remate.

La Bastilla fué demolida por el pueblo. En el solar que ocupaba se levanta hoy la «Columna de Julio», y nada hay en los alrededores que recuerde la tétrica prisión que por espacio de cuatrocientos años fué signo de opresión y de tortura.

La historia de la Bastilla tiene sus comienzos en las tinieblas históricas del medioevo. La guerra de los Cien Años assolaba los campos de Europa y arrasaban los surcos los cascos de caballos con largas gualdrapas, en los que cabalgaban jinetes con cotas de malla y lanza en ristre. Ingleses y franceses combatían en los solares calcinados de Francia. Se hacía necesario fortificar la plaza de París.

No defendían a la actual Ciudad Luz más que dos torres almenadas en aquel entonces, sitas en la margen derecha del Sena, en el barrio de Saint Antoine. El preboste de los mercaderes, Hugo Aubriot, mandó construir otras dos torres, más cercanas al centro de la población, e hizo unir a las cuatro con fuertes murallas. Tal fué la génesis de la Bastilla.

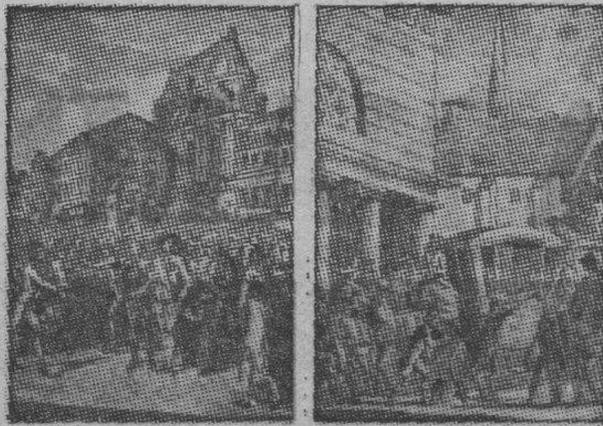
En 1383, poco después de la «peste negra» que diezmó la población del Viejo Continente, y durante el reinado de Carlos VI había ya seis torres. Ciento setenta años más tarde, en 1553, se había dado cima a la obra, construyéndose las dos últimas. La Bastilla tenía entonces ocho, unidas por muros de veinticuatro metros de altura y tres de espesor. En torno a la ciudadela se extendía un foso de veintiséis metros de ancho y ocho de profundidad, por sobre el cual descendía un puente levadizo. Cada torre tenía su nombre: «del Tesoro», «de la Capilla», «del Foso», «de la Libertad», «la Bertaudière», «la Bassinière», «del Conde» y «de la Esquina».

Fué ironía de la suerte que el primer ocupante de las celdas de la Bastilla fuera su propio constructor, el preboste Hugo Aubriot. En años posteriores le siguieron numerosos personajes, cuyos nombres están íntimamente ligados a la historia de Francia. Porque la Bastilla fué, por regla general, más bien un lugar de reclusión de los poderosos en desgracia que una cárcel de malhechotes. San Lázaro y Vincennes eran en realidad los establecimientos penales donde expiaban sus culpas delincuentes y vagabundos.

En tiempos del cardenal duque de Richelieu la Bastilla se llenó de nobles comprometidos en un complot encaminado a derrocar a este ministro de Su Majestad Cristianísima, Luis XIII. Mazarino les devolvió luego la libertad.

Volvieron los calabozos de la histórica prisión a llenarse en la época del «roi soleil», Luis XIV. Entre los condenados figuraron entonces el superintendente de Hacienda, Fouquet, y el misterioso personaje a quien conoce la Historia con el mote de «Máscara de Hierro».

Alrededor de la identidad de este hombre se han



Dos dibujos de la época. En uno (a la izquierda): el rey saliendo de la Asamblea Nacional, y la llegada a París, donde Bailly le entrega las llaves de la ciudad.

# A los 150 años de la CONSTITUCION FRANCESA

*La ciudadela, construida en el siglo XIV, fué símbolo de despotismo histórico. — Las «cartas selladas», instrumento de la intriga y la injusticia.—Muchas víctimas sufrieron allí torturas indecibles.—Prisión de nobles y signo de negra tiranía, tomada por el pueblo el 14 de julio de 1789.*

bordado mil conjeturas. La verdad es que nada positivo se sabe al respecto. Hay quien afirma, con una desenvoltura que no parece confirmada por mayores pruebas, que el «Máscara de Hierro» no era otro que el conde Hércules Antonio Mattioli, secretario de Estado del duque de Mantua, que había traicionado a Luis XIV y falsificado algunas piezas diplomáticas. Hay quien cree que se trataba de un príncipe de sangre real, basándose en las consideraciones que se le dispensaban.

Lo que dió a la Bastilla el sello despótico que la hizo un símbolo de tiranía ante los ojos del pueblo fué el hecho de que sus ocupantes no eran sometidos a juicio previo. Bastaba para ser confinado allí una «lettre de cachet» del rey. Y estas «lettres de cachet» eran a menudo obsequiadas por personajes influyentes a alguna cortesana que quería vengarse o a algún noble que quería librarse de un rival molesto. La arbitrariedad más vergonzosa caracterizó a menudo la detención de muchos inocentes.

«El llamado J. J. de Vacquay se queja ante el rey de que se le retiene en la Bastilla desde hace trece años, sin que él sepa la razón».

«Mademoiselle de Mirail, prisionera en la Bastilla, habiendo solicitado al rey su libertad, Su Majestad me ha ordenado escribiros, señor gobernador de la Bastilla, para preguntaros el motivo por el cual ha sido dete-

nida; si lo sabéis, os ruego comunicármelo lo más pronto posible».

«Esta misiva es para rogaros que me mandéis a decir quién es Piat de la Fontaine, que hace cinco años que está en la Bastilla, y que si os acordáis por qué razón fué internado en ella»...

Entregada la «lettre de cachet» a las autoridades para su cumplimiento, un alguacil del rey, en una ceremonia, se presentaba en casa de la víctima, y, tocándole con una varilla de marfil, pronunciaba las palabras sacramentales: «Au nom de Sa Majesté». El preso y el alguacil tomaban entonces ubicación en una carroza sin escolta. Tantas eran las arbitrariedades que se cometían que, para evitar revelaciones que pudieran resultar indiscretas, la guardia de la Bastilla tenía orden de dar la espalda al carruaje al hacer éste su entrada al patio.

Si el detenido era personaje de alcurnia, le recibía el mismo gobernador de la prisión, con gran cortesía y le invitaba a comer en su compañía. Por espacio de muchos años estos presos distinguidos tenían la prerrogativa de hacer amueblar y alhajar su «residencia» en la Bastilla, y la cocina no dejaba nada que desear. Además, el rey consideraba a estos personajes «nobles» suyos, y pagaba de su propio peculio los gastos de su manutención.

Pero no todos los detenidos eran tan afortunados. Hubo muchos que, como Guillermo de Harancourt, aprisionado por orden de Luis XI, pasaban su castiverio encerrados en jaulas de madera con barrotes de hierro, y sólo salían de ellas para ser conducidos al momento. Y otros muchos infelices gemían en la paja meda del suelo de las «oubliettes», en compañía de ratas y piojos mientras poco a poco la locura iba asando las garras en sus cerebros.

Ejemplo elocuente de las injusticias de que fué testigo la Bastilla fué el del caballero de Latude, que pasó allí treinta y cinco años por el crimen de haber escrito un soneto contra la Pompadour. «Apidáos de mí», dice el pobre Latude en una carta en que suplica a la real concubina que le perdone, el día 25 de este mes (septiembre de 1760) hará cien mil horas que sufriré. Quizás en esos momentos no imaginara el infeliz que pasarían otras doscientas mil horas antes de que quedara en libertad, en 1783.

Estas injusticias, multiplicadas en la mente popular por el rumor y la leyenda, fueron haciendo del tetrico castillo el blanco de los odios más profundos.

Corrían los primeros días de julio de 1789. Día aciagos de hambre y de sufrimiento para el pueblo, días de sensual abandono y de alegre despilfarro en la corte. La tormenta estaba por desatarse en Francia. En las calles retumbaba ya el eco de nuevas voces. Como Desmoullins, muchos otros tribunos enardecían al pueblo. Hasta que llegó el histórico 14 de julio. El pueblo se armó, y a falta de fusiles empuñó picas. Las campanas tocaban a rebato. Redoblaba el tambor en los cuarteles y en las calles. Las turbas invadieron los inválidos y se apoderaron de las armas allí depositadas. «A la Bastilla!».

Rotas las cadenas del puente levadizo a cañonazos y a hachazos, la multitud penetró al patio y hubo una sangrienta carnicería. Ante el asombro de la muchedumbre, sólo aparecieron siete presos en el castillo. Uno de ellos, de tuenga barba blanca, respondió al preguntársele su nombre: Soy el comandante de la Inmensidad... Sus ojos extraviados manifestaban bien a las claras que la locura le había hecho víctima hacia muchos años.

La tea prendió fuego al edificio. De las paredes surgió una columna de humo que se elevó por el cielo de París. La fortaleza que construyó el preboste de los mercaderes de la antigua Lutecia había llegado al fin de sus días.

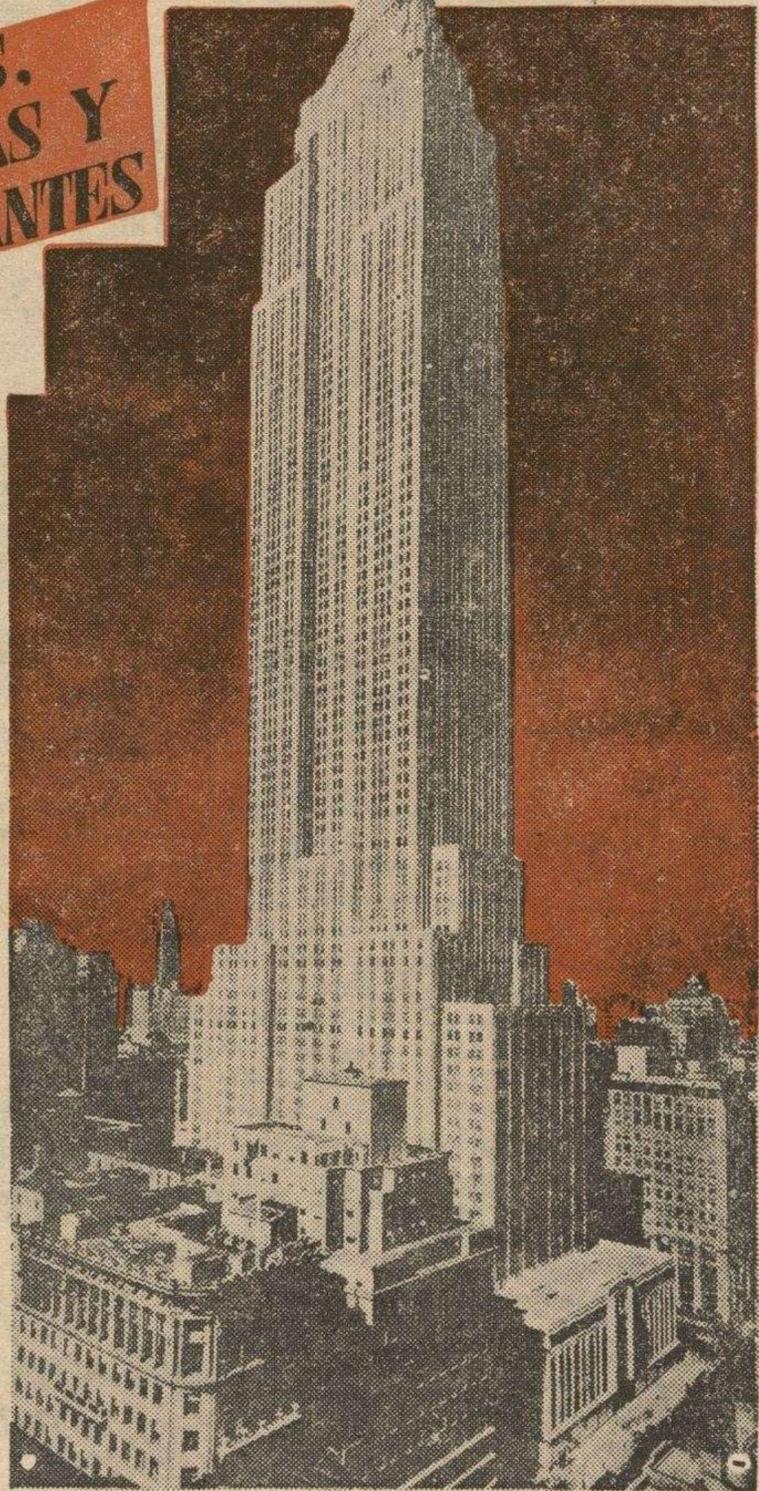
«Pourquoi ces ignobles entraves, — Ces fers de longtems préparés?».

Ahora, ciento cincuenta años después del asalto de la Bastilla, sabemos «por qué».

# VISITA A UNA CASA DE NUEVA YORK que tiene

**86 PISOS,  
6.400 VENTANAS Y  
25.000 HABITANTES**

**UN VIAJE UN TANTO SENTIMENTAL —PERO NO A LA MANERA DE STERNE—, EN EL CUAL SE DESCRIBE LA AFANOSA EXISTENCIA DE MILES DE PERSONAS AUPADAS EN UN TUBO APUNTANDO AL FIRMA-MENTO, LLENO DE TOPOGRAFICAS ILUSTRACIONES SOBRE LA CIUDAD IMPERIAL.**



*El famosísimo «rey de los rascacielos», tal como hoy se ve, atracción principal de los millares de forasteros que llegan a Nueva York todos los días durante el verano. La visita al Empire State es cosa obligada, por ser el constante espectáculo de feria de la gran ciudad.*

a los zepelines. No habiendo por el momento ningún zepelín que amarrar, es inútil que pretendamos subir.

Nos quedaremos en la azotea contemplando el milagroso espectáculo de Nueva York a nuestros pies. La visión es estupenda, y ahora reconoce usted, aunque no estamos ni a medio kilómetro de distancia de la superficie de la calle, que nos encontramos a una respetable altura. Los automóviles allá abajo semejan cucarachas. Los hombres han quedado reducidos a la categoría de pulgas.

Ve usted el puerto, con unos barquitos de juguete; la ría de Hudson, los barrios apartados de la ciudad, con sus casitas, que desde aquí son chozas; la costa de Brooklyn y de Long Island, las montañas de Nueva Jersey, y allá a lo lejos, el océano, y en medio del apilamiento de los edificios de la ciudad, un rectángulo de hierba con alguno que otro charco: el inmenso Parque Central con sus lagunas.

#### CUATRO HOMBRES

Usted ha quedado en la terraza, y después de tomar unos sandwiches y una cerveza en el restaurant del piso inferior ha vuelto a esperar la noche para observar el fantástico aspecto de Nueva York con sus miles de luces. La ciudad parece un semillero de luciérnagas. Lo mismo los edificios comerciales que los dedicados

a vivienda abundan en ventanas. El mismo Empire State Building tiene seis mil cuatrocientas ventanas. La mayor parte de esas ventanas disgregadas en la ciudad se encienden en las primeras horas de la noche. Luego, la abundancia de anuncios luminosos. Los contadores de electricidad corren y corren.

Todo es imponente, fabuloso, fantástico. Y todo ello, a la vez, de una realidad palpable.

«¿Cuánto ha costado esto? ¿Quién es el dueño de todo esto?», son las preguntas que se hace el visitante. El costo ha sido de veintisiete millones y medio de dólares, que prestó una Compañía de Seguros, la Metropolitan Life, más algunos millones que aportaron los cuatro directores actuales de la firma Empire State Inc. Estos son: el presidente de un Banco, el presidente de una Compañía de minas, un financiero y político significado del partido demócrata y Du Pont, el famoso fabricante de explosivos.

Estos cuatro hombres realizaron el milagro. Luego nombraron presidente a Alfred E. Smith, ex gobernador del Estado de Nueva York y ex candidato a la presidencia de la República. Y por presidir los destinos de este inmenso edificio percibe anualmente cincuenta mil dólares.

EXPOSICION Mundial; se acerca el verano. Nueva York es una ciudad de verano, aunque al lector le parezca un tanto extraordinario. En el resto de Norteamérica el ideal es venir a pasar unos días de vacaciones a cualquier otra parte. En Nueva York, el ideal es ir a pasar unos días de vacaciones a cualquier otra parte. singularmente atrae al forastero en Nueva York los rascacielos. Nueva York tiene la mejor colección de rascacielos de todo el país, y por extensión de todo el mundo. Hay valiosos museos; pero no podrían competir con los rascacielos.

#### LECTOR, TURISTA HONORARIO

Le parece a usted si lo trasplantamos a Nueva York el viaje no le costará sino el precio de este periódico. Económico? Como disponemos de poco tiempo vamos de escoger el rascacielos más saliente, el más rascacielos», el Empire State Building, que tiene un nombre resonante: Edificio del Imperial.

Por mar, por tierra o por el aire, la persona que por primera vez a Nueva York, mediante los oficios de un amigo o las atenciones pagadas de un guía, inevitablemente tendrá que subir los ochenta y seis pisos del Empire State Building. Procede desde la estación Pennsylvania, que está a muy poca distancia.

Metemos en la calle 34 en dirección a la Quinta Avenida. En la misma esquina está el imponente

#### ¿UN INMENSO PANTEON?

Lo primero que observará es que la fachada, lo mismo que hace cara a la calle 34 que la que tiene vista hacia Quinta Avenida, parece esmaltada en negro y plateado, son los dos colores que sobresalen. Naturalmente produce una impresión severa, grave, funeraria, como si estuviera en el centro de una calle y una avenida tan anchas se imaginaria que se trataba de un enorme panteón.

#### UN BILLETE AL CIELO

En el mismo vestíbulo adquirimos un billete para la visita del edificio. Como desde la calle nos ha sido imposible ver la fachada, descubrimos su cúspide, al pedir el billete para llegar a ella es como si pidiéramos un billete para entrar en el cielo.

El billete nos ha costado un dólar. Mientras nos dirigimos hacia el ascensor que ha de conducirnos, observamos que el edificio tiene sesenta y tres, sin contar cuatro pisos, se le ocurre a usted preguntarme si es más alta la Torre Eiffel que el Empire State Building que la Torre Eiffel.

La Torre Eiffel es un pigmeo de trescientos tres metros comparada con el Empire State Building, que tiene ochenta y seis pisos.

En Nueva York hay otros tres edificios comerciales que superan en altura a la Torre Eiffel. Observo en usted un gesto de decepción. Usted pensaba que era de los que creían que el «rey de los rascacielos» tendría cuando menos un kilómetro vertical.

La altura que no ha alcanzado el medio kilómetro, nos hemos metido en el ascensor, y en dos minutos subiendo a gran velocidad, y en otros dos minutos hemos llegado al piso ochenta y cinco.

#### UN PUEBLO DE 25.000 HABITANTES

Al salir del ascensor, antes de subir a la azotea, le voy a usted de algunos detalles con que «epatar» a sus amigos. Por ejemplo, que el edificio ocupa un espacio de ochenta y tres mil ochocientos sesenta pies cuadrados.

Este edificio, es un pueblo de veinticinco mil habitantes. Fuera del bajo y el primer piso, todo el edificio está dividido en oficinas comerciales. Por lo demás, como si fuera un pueblo, tiene su Banco, sus tiendas de ropa, su cine, su cantina, su librería, su taller de lavado, su gimnasio, su gimnasio, su aparato para filmar, su piscina que entra en el edificio, barbería, droguería, su oficina de viajes, juguetería. Sólo le falta un cine.

#### EN EL PISO OCHENTA Y SEIS

Al salir a la azotea, con su pequeño invernadero, estamos en el piso ochenta y seis. Ya no se permite subir más. Podría hacerse por unas escaleras de mano para arribar al pináculo de la torrecilla, pero con el propósito de que sirviera de amarre

**A**SU Excelencia el Capitán General O-Donnell, Gobernador General de Cuba (1). Permitid General, que coloque bajo vuestra égida protectora esta obra, concebida por los patrióticos sentimientos de una mujer. Sólo el ardiente deseo de ver dichoso a mi país me la ha inspirado. Descubriendo sus males a la Metrópoli, indicando los remedios que oponerles, apelo a vuestra alma generosa.

El poder omnímodo en vuestras manos puede tornarse en áncora de salvación. Gobernador General de la Habana, ¡Sed habanero, General! Reformad las leyes, obtened más representación nacional para la Isla. Moderad vos mismo, legalmente, la dictadura de Jefe Supremo, y añadiréis nuevos laureles a los que tan bien habéis merecido por vuestro valor. Las virtudes cívicas, general, bien valen los sacrificios militares, y la gloria de haber dado vida moral y prosperidad al más bello país del mundo no es menos brillante que las más bellas hazañas del guerrero.

La vida no es sólo el momento presente. Se vive en el porvenir, y esto se logra con el bien que se practica y que atestigua nuestro paso por la tierra. He aquí la verdadera inmortalidad, la que os está reservada.

En cuanto a mí, débil mujer, mi vida es sólo mi fe. Tengo fe en vos, General, vuestro nombre, vuestra reputación de bondad, de valentía y de honor, esa es mi fuerza, mi esperanza y la recompensa a mis desvelos.

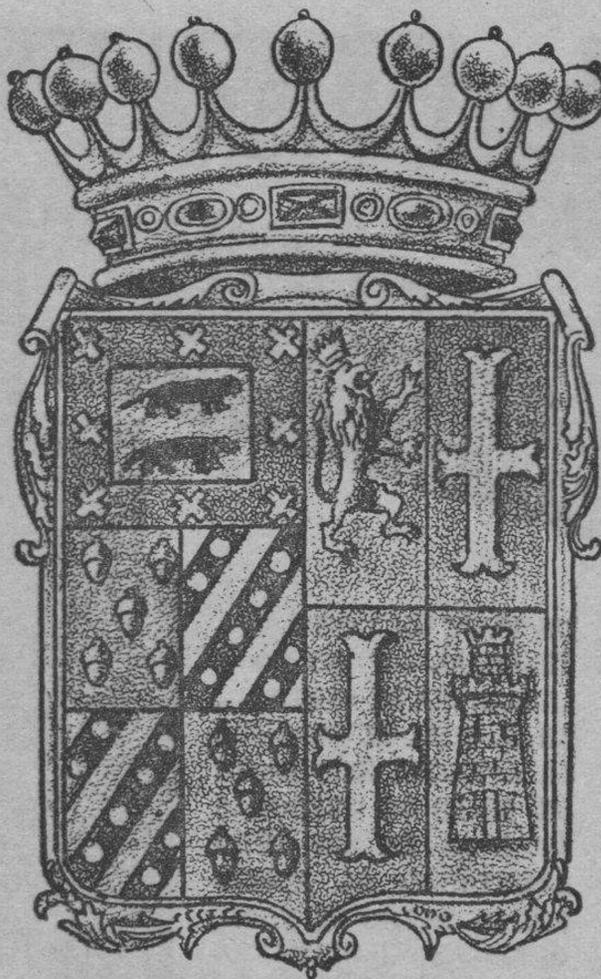
Esta dedicatoria, a sáttapa tan cruel como lo fuera O-Donnell, Don Leopardo, cuando su Gobierno de la Colonia, multiplicando durante su mandato las ejecuciones, vejando a todo el mundo, torturando y haciendo morir bajo el látigo a centenares de infelices, cuando la imaginaria conspiración de La Escalera, fusilando a Plácido, explica muchas de las críticas y censuras que, sin aludir a esa causa, con notoria injusticia, mereció este libro de algunos ardorosos patriotas, los hojalateros de entonces, quienes, aquí, en Cuba, adulaban al Capitán General, tranquilos vivían en holgado bienestar, desempeñaban destinos más o menos pingües, protegidos por el pabellón español, y sin embargo, inexorables, sotto voce, fustigaban a Heredia, a la Merlín y a otros, en fin, hasta lograr hacer salir de sus casillas al venerable José de la Luz Caballero, para defender de sus ataques a la Condesa.

Como muy bien observa Figarola Caneda, cuando se escribió y publicó esa dedicatoria, el Leopardo no había aún sacado las uñas; era más bien esperanza, halagüeño enigma para los cubanos. Y después de todo, no se puede, en aquella época remota, explanar en unas cuantas palabras, plataforma más liberal, más abierta, más atrevida que esta nueva fórmula de Gobierno para la Gran Antilla, sugerida por la zalamera Condesa a O-Donnell. El mismo Saco no hubiera deseado nada mejor para Cuba. Representación Nacional para la Isla, sentirse habanero el Procónsul; es decir cubano; recortarle su autoridad, descubrir los males de la colonia, buscarles remedio, etc., etc. Probablemente por estos serenos, sabios, pero peligrosos consejos, germen de libertades futuras, expresados en la dedicatoria, fué ésta, a pesar del poderoso nombre con quien ella se apadrinaba, suprimida de plano en la traducción española hecha después en Madrid.

**A MIS COMPATRIOTAS (2)**

Os dedico este libro, o más bien, os lo restituyo, mis queridos compatriotas. Está impregnado de vuestro recuerdo, está consagrado a nuestra madre común; respira el amor por nuestra raza, por nuestra alma sin igual, por nuestra tierra bendita, por sus patriarcales costumbres.

La Francia, mi madre adoptiva, no ha entibado en nada, no ha disminuído en nada este ardiente afecto por mi país. Es ella quien os ofrece, como religioso homenaje, el tributo de su experiencia, el fruto de su civilización. Hasta Ahora, Europa, orgullosa de sus



Armas del Condado de Merlín (creado por José Bonaparte, rey de España, en 1810)

# LA HABANA

Por la Condesa de Merlin

Traducción y notas de  
**B. SOUZA**

artes, de su civilización, de sus leyes, ha desconocido e ignorado a nuestra Reina de las Antillas, a sus recursos, a sus riquezas, y al lugar que debe ocupar en la América Meridional.

Hija de la Habana me siento feliz en revelar a España las necesidades y los recursos de su colonia; decirle que parte de su opulencia y de su salvación dependen de la generosa atención que acuerde a estos lejanos climas y al desarrollo, fácil y enérgico, que en lo adelante debe permitir a sus facultades, largo tiempo cautivas.

También es un deber rendir justicia a mil talentos que la Europa no sospecha; revelar encantadoras virtudes que se ignoran a sí mismas, y un sagrado deber indicar a mi Patria las mejoras que la elevarían entre los pueblos civilizados al mismo rango que Dios le ha asignado por las maravillas de su suelo y por la inefable belleza de su clima.

Estas cartas, escritas sin arte, sin la presunción del autor lo han sido con el único pensamiento de fielmente reproducir las impresiones, los sentimientos y las ideas que nacieron de mis viajes.

Nada he disfrazado, ni la situación social que he encontrado en la América del Norte, situación que es una amenaza para las Repúblicas de Washington (3). Europa que quiere arrastrarse en pos de nosotros, lo que puede faltarnos a nosotros, los cubanos, para ser una de las más poderosas y, sobre todo, más dichosas naciones del globo.

Me justificarán mis intenciones, si pudiera ser inculpada. Jamás he señalado un remedio, sólo he indicado el camino.

El disimulo hubiera sido un peligro, pero la sinceridad es un homenaje. ¡Puedan mis esfuerzos ser escuchados! ¡Pueda yo dejar a mi querido País el testimonio de mi afecto! No he tratado de obtener la gloria de escribir; no he deseado sino la dicha de servir a mis bien amados compatriotas, en esta senda de deber que habéis emprendido y en la que estáis llamados a correr algún día el más brillante de los caminos.

Chateau de Dissay, noviembre 15 de 1842

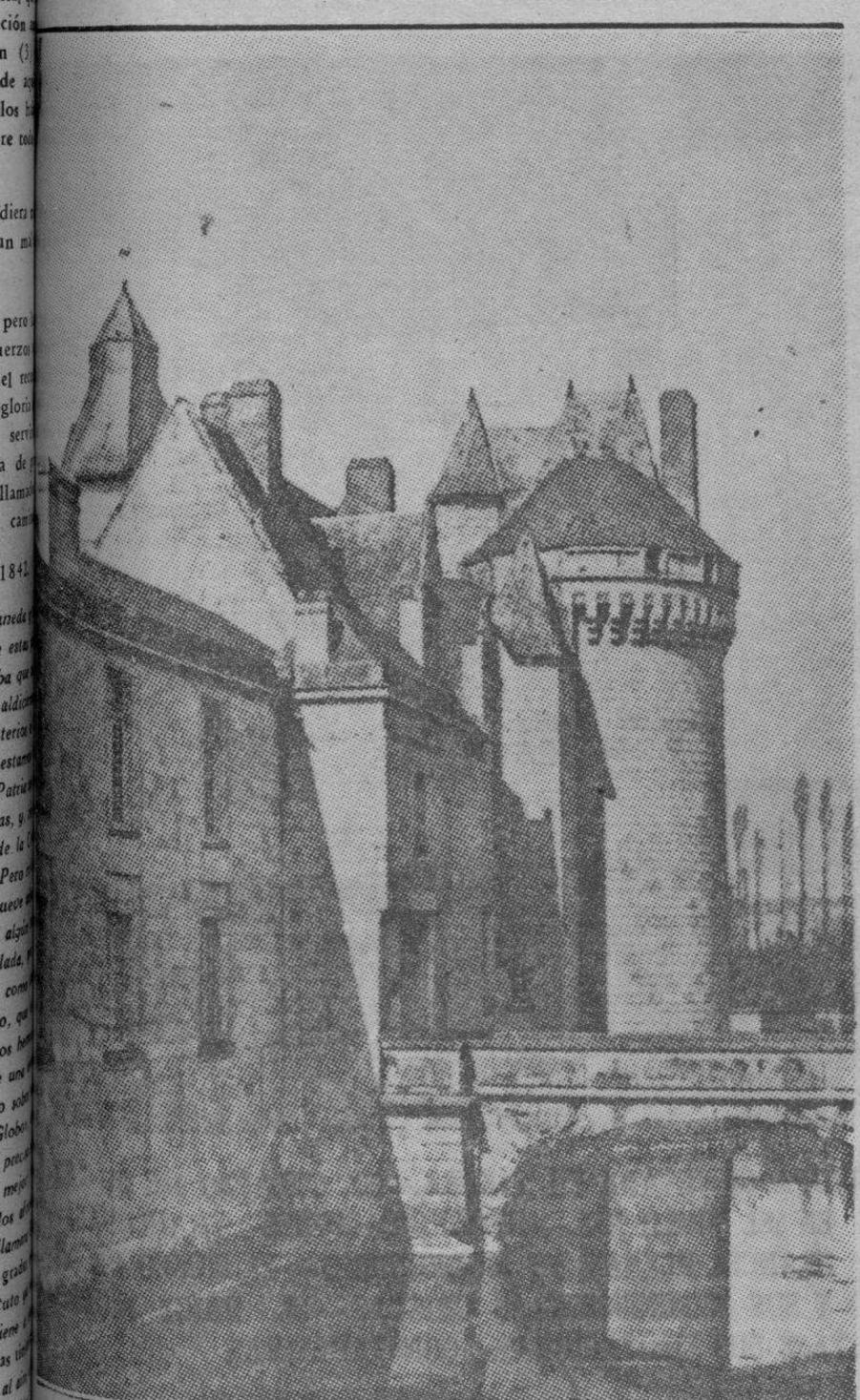
Es casi probable que Heredia, la Avellaneda y otros, cual con honda emoción expresa en esta obra, sintieron mayor apego por Cuba que por los Estados Unidos. Todos sabemos que nosotros, maldiciendo a los Estados Unidos, privado, en las tertulias, cubrimos de dictámenes y a sus hombres preclaros, pero cuando estamos de ésta, suspiramos por volver, ya que la Patria es más cuanto más lejos se está de sus costas, y de haber duda alguna, en estas páginas de la obra late vivaz y sentida ternura por su tierra. Pero cuando, y ya que al cabo de noventa y nueve años, la República y Nación hace treinta y siete, algunos de nosotros debemos haber andado por esa vía señalada en la obra, «Senda del Progreso», ¿se puede afirmar, como se afirma, para la linajuda y bellísima hija del Cerro, que nos hemos hecho por el franco camino? ¿No nos hemos traviado por un atajo, por el vericuetto de una senda? ¿Somos una de las «más poderosas», pero ¿somos de las más dichosas de las Naciones del Globo? ¿nos auguró nuestra gentil paisana? ¿Será preciso que yo me títule a Liborio, o a Liboria (me parece mejor que se lo aprenda de memoria, uno de los discípulos de aquel insigne médico alemán que se llama Milius? Decía este sabio: «Mellius est sistere gradum progredi per tenebras», y como en el Instituto de San Esteban estudia latín, esto, en lenguaje vulgar viene a ser: «Mejor es estar quieto que caminar por las tinieblas»). ¿Trisca, corre, deambula ya Liboria, sayas al viento que de romperse cualquier cosa, por esas tinieblas

Fué esta visión de la Condesa sobre nuestro futuro, la conclusión de un sabio estadista, de un filósofo, o el espejismo de un deseo, el risueño espejismo de un amor, de la cual podemos decir que es el momento más saliente de su vida, entre otras adorables virtudes, lo fuera su musical garganta; es decir, sus melodiosos y exquisitos, sus cristalinas notas, que, cual las de otros sinsontes, hicieran decir a Bouvier: «Había una cantante, como los pájaros de su país gorgoroteaban y sus arpegios». Y esta capacidad, la de escribir como los ángeles, si éstos cantan; la de escribir como los ángeles, por lo visto no la ha graduado de filósofo, social ni político, porque, francamente, al cumplir 99 años, exhibir orgullosos, como muestra capitana, monumentos nacionales que se llaman Hierba Santa (de hierba es un disfraz), Pan con Timba (Pan con Timba Pon, Las Yaguas (4), índice es de que no ha sido admirado muy aprisa por la brillante senda que nos conduce a la encantadora Condesa.

«¡Virgen del mundo! ¡América inocente!», dice Quintana, en famosa poesía, a la cual responde otro bardo americano:

«¡Bien entiende de vírgenes Quintana; llámala histérica, demente».

Y teniendo en cuenta lo del ciertamente famoso reino de esta «Reina de las Antillas», «las maravillosas virtudes» de esta Liboria, a la verdad, suspiramos por una tranquila y algún tanto caquívana, quien, como la



Castillo de Dissay (Vienne) visto por la fachada norte. En él escribió el famoso libro la Condesa de Merlin.

de LaFontaine, después de divertirse de lo lindo, se acuerda hoy, harapos, por calles, parques y caminos, después de todo lo que de ella decimos, sabemos que nosotros aquí? ¡Bien entiende de virtudes y de la respuesta la dejamos, para que la den, nuestros lectores y lectoras.

A Madama Gentien de Dissay (5).  
Bristol, Lunes 15 de abril de 1840.

Desde hace tres días mi cuerpo abrumado por el cansancio no ha podido encontrar reposo. Sufrir el alma y el cuerpo, me he dado a un balneario. Pero si el sueño ha perdido su tiempo, la razón lo ha aprovechado.

Abandonar a la vez los gozes muelles, materiales, refinados placeres, los inapreciables atractivos de la vida de París, trocarlos por los peligros, los sufrimientos, las privaciones de una larga travesía; dejar tras de sí todo lo que se ama, partir sola, quedar aislada en un desierto, cuando, son, ciertamente, duras condiciones que imponemos. Pero, hija mía, cuando habla alto el deber, y sabe el alma comprender todo lo que hay de grande, de santo, en sus inspiraciones, la firme convicción que sostiene a la voluntad. ¿No tiene también nuestra inefables consuelos, sus dolorosas voluptuosidades? ¿La verdadera desgracia está menos en las acontecimientos que en nuestras exigencias. Nuestro rápido paso por el mundo nos ha impuesto condiciones más rigurosas: sepamos nosotros someternos a ellas; que más se dulcifica por la resignación. La rebeldía no que agrava sus males: nadie escapa a su destino (6).

He llegado a este lugar rendida por la fatiga, después de haber viajado veinte y ocho horas sin descanso, para colmo de males, me he encontrado en la escalera del hotel a donde bajé, una estrepitosa orquesta; flautas, trompetas, violines... nada faltaba y todo esto tocaba a la vez *Di tanti palpiti* en la; el aria de *Niobe en fa* y la introducción de *Semíramis en si bemol* (7). Era para perder la cabeza.

(SE CONTINUARA)

- (1) Dedicatoria suprimida en la versión española.
- (2) Suprimida en la traducción española.
- (3) ¿Por qué de Washington? Haití, Santo Domingo, Nicaragua, entre otras ¿se deben a Washington?
- (4) Estos cuatro populosos barrios habaneros, porque ya son grandes barrios de la urbe, crecidos por



Sus dientes en pocos días tendrán una blancura resplandeciente si los limpia con la pasta DENTOL. Adquiera hoy mismo un tubo y quedará convencido de las bondades de esta exquisita pasta. Fabricada según los trabajos de Pasteur destruye todos los microbios nocivos de la boca, dejando un perfume agradable y una sensación de frescura persistente.

# Dentol



TUBO MEDIANO  
**20¢**  
TUBO GRANDE  
**40¢**

Representantes Exclusivos  
**APARTADO 2143  
HABANA**

juxtaposición, reproducen, con asombrosa fidelidad, los atractivos zocos marroquíes, no de ahora, sino de antaño; las lejanas y paradisíacas aldeas del centro del Africa o los más poéticos guettos de la Edad Media.

- (5) La hija de la Condesa, casada.
- (6) Esta sentencia de la Merlin es la casi traducción del conocido verso de Virgilio *Fata viam inveniunt*, al destino que siga su camino.
- (7) La Condesa, a más de excelsa cantante, era música, componía.

Al mostrarle, en Figarola, a Gonzalo Roig una de las piezas de la Condesa, para piano, de motivos españoles, «Sandunga», este Maestro me hizo notar que aparecían en la partitura de «Carmen» frases y reminiscencias de esta pieza, tomadas de seguro por el autor de «Carmen» y por la de «Sandunga», de las fuentes españolas.

# ARTE MODERNO en la ARQUITECTURA FRANCESA

Por

RENATO VILLAVERDE

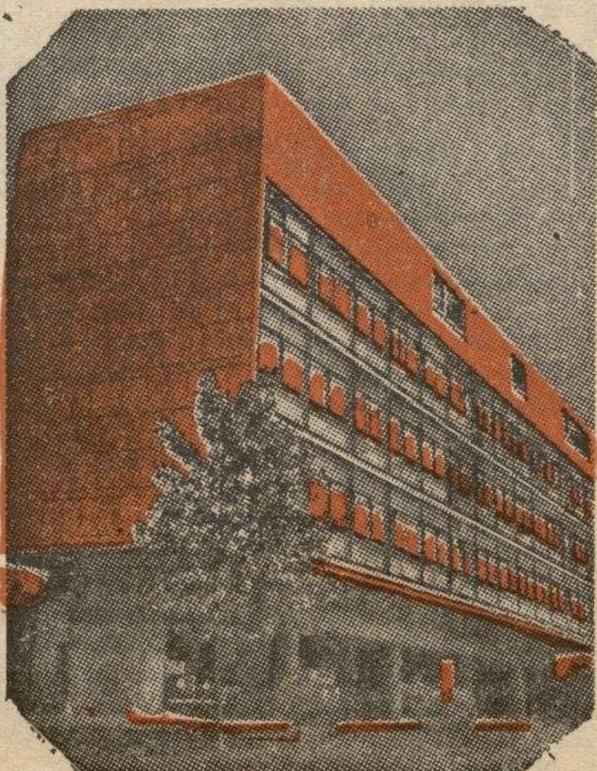
**H**ABLAR de Europa y pensar en añejas arquitecturas amontonadas al correr de los siglos, es ley de continuidad casi inevitable. en una ocasión un amigo nuestro, acucioso observador, gran amante de los viajes, muy americano y muy europeo al mismo tiempo—el clásico espíritu del cosmopolita,—nos afirmaba axiomáticamente: «Si a Europa le pudiéramos cortar las bellezas arquitectónicas que encierra desde la centuria diez y siete para atrás, perdería todo su encanto».

Al hablarnos así, su pupila estaba plena de los rascacielos newyorkinos.

Y nuestro amigo, claro, en parte tenía razón.

Si a Praga le quitásemos sus edificios barrocos; si a Constantinopla el sello de sus combas bizantinas; si las ojivas de lo gótico en todas sus modalidades fuesen cercenadas de los millares de templos que inundan el viejo continente; si el beso renacentista no hubiese dejado su huella en los palacios romanos, entonces Europa no tendría para el viajero casi otros encantos que los que ahora le brinda el desierto de Arizona...

En innumerables artículos nos hemos detenido narrando el éxtasis que nos produjeran las mara-



## LA VIEJA EUROPA CINCELADA EN PIEDRA.—EL COLAPSO DE SU ARQUITECTURA EN EL SIGLO XIX.—REIVINDICACIONES FRANCESAS.—ALEMANIA Y FRANCIA PLENAS DE MODERNISMO.—EL MUSEO DE ARTE MODERNO Y SUS REMINISCENCIAS GRIEGAS.—EL PARIS MODERNISTA Y SUS LIMITACIONES CONSTRUCTIVAS

villas arquitectónicas que, en cien estilos diferentes, cincelan sobre la piedra la cultura de nuestros abuelos. Y ello, sin embargo, no quiere decir ni con mucho que la vitalidad constructiva de Europa se paralizase hace doscientos años, tal como parecía indicar la frase de nuestro apasionado amigo.

En el siglo último la arquitectura en Europa, en Francia especialmente, sufrió una especie de colapso en su superación habitual. Diríase que tomaba aliento para la afortunada revolución modernista de 1900. Los ejemplos, en París, pulularon por doquier. La iglesia de Notre-Dame-de-Lorette pretende tener un estilo griego que a nadie engaña. Es risible el gótico de contrabando empleado en el templo de Santa Clotilde. Cuando nos detenemos en la Plaza de la Trinidad y observamos la conocida iglesia desde la sombra protectora que brinda Juana de Arco, cabalgando en su brioso jameigo normando, siempre nos hacemos la siguiente pregunta a la que no podemos responder en forma satisfactoria: «¿Qué escuela se habrá empleado en esta masa de piedra?». Y nada digamos del estilo clásico del Gran-Palais con las ampulósidades enguinaldadas de una época decadente, ni de aquel monstruo infortunado que se llamó el viejo Trocadero y que ahora, después de la Exposición de 1936, se ha visto sustituido por una de las más bellas construcciones de arte moderno.

Pero aunque el balance pueda resultar negativo para la arquitectura francesa del siglo último,

ésta tuvo también éxitos que reivindican solemnemente su nombre. Entre ellos, el más glorioso de todos lo es sin duda la Gran Opera, debida al genio de Carlos Garnier. Es de tal naturaleza la magnificencia del palacio que, en varias ocasiones, inútilmente se le ha tratado de imitar. El edificio de la Bolsa, que recoge una acertada concepción del tiempo de Vespasiano, es otra obra que honra a los arquitectos franceses de la pasada centuria. Podríamos citar también, aunque no exactamente dentro del concepto arquitectónico que nos venimos refiriendo, el Arco de Triunfo erigido en la Plaza de la Estrella, que para su gloria bélica mandó construir el espíritu heroico y ambicioso de Napoleón I.

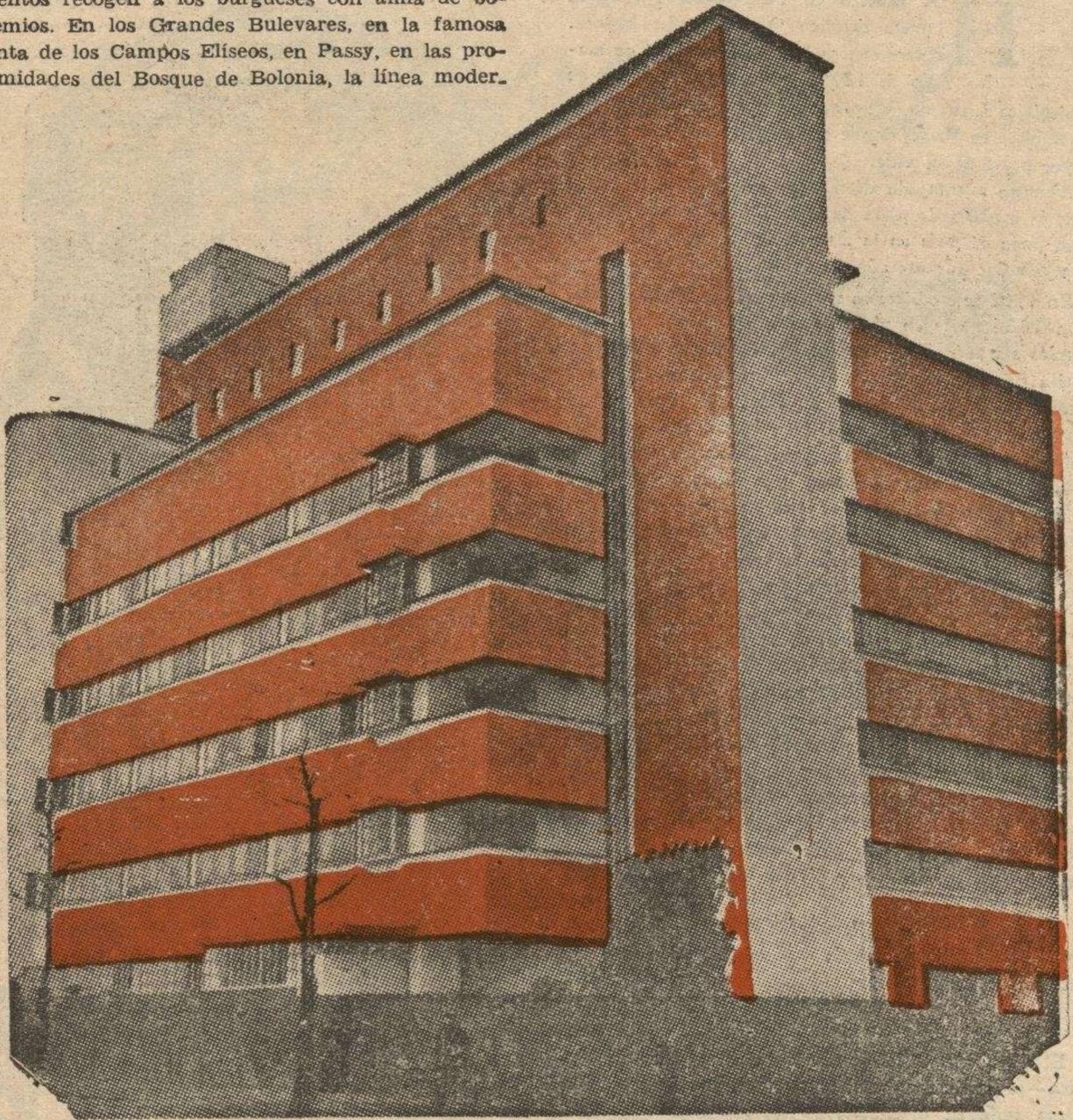
La elegancia de las líneas actuales que se impusieron en el mundo arquitectónico del presente, han sido recogidas con entusiasmo en Francia, en toda Francia y muy señaladamente en París. Allí se construye bajo los cánones del modernismo, se abandona rápidamente, para sus casas particulares, abandonó los postulados clásicos. Después, las construcciones oficiales ingresaron también en el nuevo rito. La nueva ciudad de Nuremberg, fundada a golpes de la varita mágica de Hitler, contrasta haciendo el más bello de los ejemplos de opuestos con el feudalismo centenario. En unos tres años visitó en Berlín una iglesia modernista, de bella factura exterior, blanca y esbelta, de la que hubiese conservado un recuerdo más interesante si no fuese por los angulosos contornos de

...cincelados con la actual geometría capri-  
...empleada en los relieves, que hacían pensar  
...que en el deseo de cristalizar el sentimiento  
...religioso, en una original bufonada con  
...de paganismo.

...el París que crece, ensanchando su radio ver-  
...so, las aristas aladas, en forma exclusiva,  
...la pauta de las construcciones. Para el fran-  
...actual, en materia arquitectónica, el «up to-  
...americano se practica sin limitación. El Mu-  
...de Arte Moderno es una airosa muestra de lo  
...digo. Pero si lo observamos detenidamente,  
...mos un modernismo que nos recuerda la  
...de las mil leyendas y de las mil verdades.  
...esas columnas diáfanos; aladas, infinitas.  
...servad en ellas la esbeltez de los templos ate-  
...es y convenid en que la ley de «corso e ri-  
...no es un mito ni siquiera en las originali-  
...arquitectónicas del fornido siglo XX. Sólo  
...las nuevas columnas del Museo falta aquel li-  
...afinamiento casi imperceptible—el «éntasis»  
...griegos—en el extremo próximo a los capi-  
...que resumía, en cristalización de sutil esté-  
...la concepción práctica de la óptica que ya  
...en los creadores inmortales del Partenón. Sin  
...argo, en el Museo de Arte Moderno el «énta-  
...falta; pero la altura de las columnas lo con-  
...logrando así la misma perspectiva de belle-  
...técnica.

...Viejo París, aunque lo sigue siendo, ya no es  
...Viejo. Salvo en su cuna de la isla de San Luis  
...la Cité y en pleno barrio Latino, donde raci-  
...de siglos nos cantan su canción de piedra, el  
...modernismo constructivo invade los meandros pa-  
...nenses. Hasta en la colina de Montmartre, en la  
...calle Junot, por ejemplo, los modernos aparta-

mentos recogen a los burgueses con alma de bo-  
hemios. En los Grandes Bulevares, en la famosa  
cinta de los Campos Eliseos, en Passy, en las pro-  
ximidades del Bosque de Bolonia, la línea moder-



na de las nuevas casas sienta sus reales. En el Pa-  
ris periférico de Neuilly-sur-Seine, de Issy-les-  
Moulineaux, de Menteur, en plena Ciudad Uni-  
versitaria, palacios, casas y pabellones más o me-  
nos presuntuosos nos hablan del confort y del con-  
torno de las construcciones newyorkinas.

Y no es sólo en París. Francia se invade simul-  
táneamente. El clasicismo y todas las genialidades  
de nuestros remotos abuelos han sido desplazados  
por la invención alígera que cubre el cemento ar-  
mado. El arte antiguo se respeta—¡ay, de quien  
atente contra el pretérito!—pero el hogaño inva-  
sor levanta su tienda donde puede. En París, las  
ojivas son la antorcha que ilumina su antaño glo-  
rioso y el Estado hace que sean conservadas en  
toda su vetustez.

En los barrios armónicos de clasicismos antiguos  
las nuevas corrientes constructivas se hallan limi-  
tadas por la itangibilidad del conjunto. La Comi-  
sión del Viejo París vela porque la gran Capital  
no pierda su fisonomía, no se vulneren sus pers-  
pectivas, no se hunda la incompreensión en un to-  
do glorioso. Así, la Plaza de la Concordia, por no  
citar más que un ejemplo que me viene a la me-  
moria, continúa siendo una maravilla inmutable.  
Cuando hace algunos años el Gobierno de los EE.  
UU. decidió levantar en ella el edificio de su  
Embajada, los planos tuvieron que ser aprobadas  
previamente. ¡No fuera a ser cosa que los yankees  
quisieran edificar un rasca-cielos en la rotonda en  
que campea el sagrado Obelisco de Lugsor!...

En los Departamentos de Francia se encuentra  
el sello de las construcciones modernas. Casi to-  
das sus famosas playas, tanto en las trusas de sus  
bañistas como en los hoteles y los «bungalows»,

muestran el siglo XX con toda donosura. En sus  
otras ciudades se palpa el modernismo de sus ca-  
sas. En Lyon los «sky-scrapers» se levantan hacia  
su cielo plomizo, y en muchos aspectos la pobla-  
ción presenta perspectivas que nos recuerdan fac-  
tas de Chicago o tramos de Nueva York.

Y es que Francia, pese a su tradición, tiene siem-  
pre los ojos tendidos hacia el infinito del futuro...  
Julio, 1933

## Pensamientos

El heroísmo es heroico sólo porque es raro.

o o o

Los hombres rara vez son lo que ellos parecen creer  
que usted cree que son.

o o o

El hombre que resuelve no casarse jamás con una mu-  
jer que crea que sabe más que él se queda soltero.

o o o

Hay médicos que lo saben todo respecto de las en-  
fermedades menos la cura.

o o o

A los hombres les gusta acariciar una ilusión sobre  
todo si asume la forma de una mujer bonita.

o o o

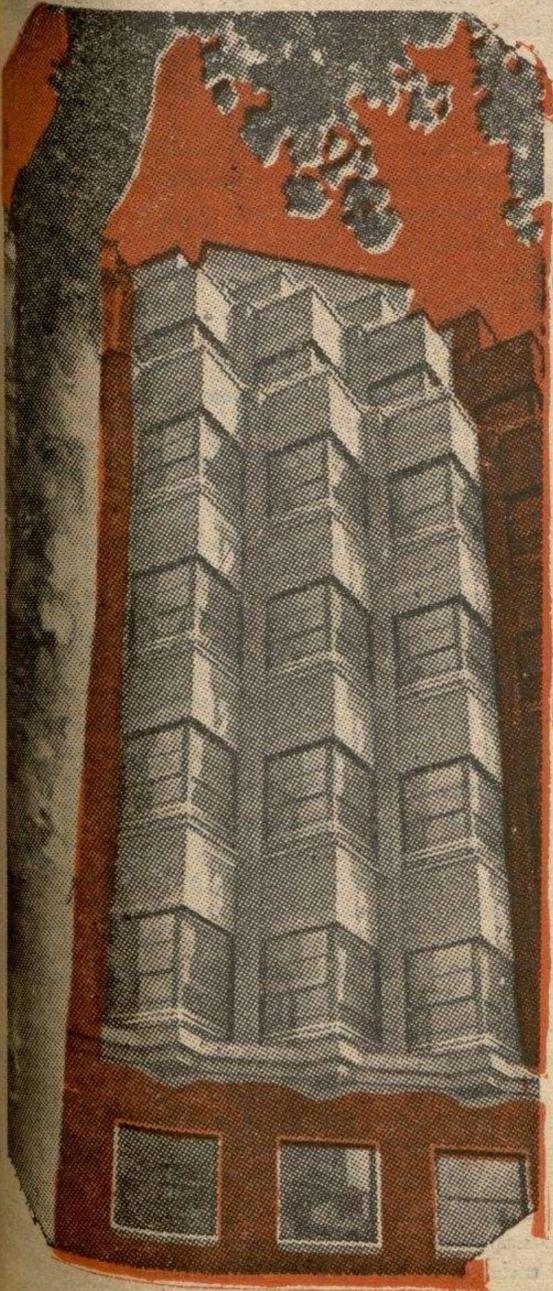
Nunca le pegues a un hombre a menos que estés se-  
guro de que lo merece y entonces cerciórate de que no  
es más fuerte que tú.

o o o

El amor edifica más castillos que todos los arquitectos.

o o o

No se puede juzgar del cerebro de un hombre por  
el ruido que hace.



**H**A muerto en Fontainebleau el gran poeta católico O. V. de L. Milosz. Nace este cantor místico el 28 de mayo de 1877, en Czereia, dominio de la histórica Lituania, y apenas llegado a la adolescencia, se establece en París, donde cursa sus estudios y pasa la mayor parte de su vida.

Alumno aventajado del Liceo Janson de Sailly, obtiene la medalla de plata de la Alliance Francaise e ingresa poco después en la Escuela del Louvre, de París, para estudiar durante años la epigrafía oriental.

En 1902 se establece en sus tierras de la Rusia blanca, y en 1906 parte en viaje de estudios filosóficos y literarios a través de Italia, España, Alemania, Austria y África del Norte. A fines de ese mismo año, entra a formar parte de la Maison de Presse, de París, en el Departamento de Estudios Diplomáticos, anexo al Ministerio de Relaciones Exteriores. Inicia en esa época la defensa de la causa Lituanica, y en diciembre de 1918 es designado para desempeñar el cargo de redactor diplomático de la Delegación Lituanica en la Conferencia de la Paz. En 1919, Lituania le confía su representación ante el Gobierno francés. Su sucesor.

o o o

A los 22 años, publica Milosz su primer libro de versos; el «Poeme des Decadences» acogido con entusiasmo en los centros simbolistas de la época, principalmente por Paul Fort y Jean Lorraine.

Ya queda definida su personalidad poética, ya se ha manifestado su originalidad y su fuerza creadora.

Siete años más tarde, aparecen «Les Sept Solitudes», poemas en que la maestría del autor se afianza de un modo contundente. Esta obra contiene sus dos mejores versos: «Karomama» y «Tous les Morts son ivres»

...«Mon ame est vieille comme le chant de la mer...  
Mon ame malade de jamais et d'autrefois...  
Les morts, les morts sont au fond moins morts que  
(moi)».

El Don Juan de Milosz—el Don Juan ideal de Mañana—se insinúa en «Les Sept Solitudes», pero despliega toda su personalidad en la «Amoureuse Initiation», obra de arte incomparable, donde el amor a la mujer se transforma en el amor cósmico, para llegar a convertirse en el amor a secas, que es el amor a Dios.

«Aquel que ama verdaderamente, ama a Dios... Todos los sentimientos definidos, todos los amores personificados, no son sino manifestaciones del único amor, de un amor eterno, que es el principio del ser... ¿Cuándo llegará el día prometido, ese día en que el Solitario, inclinándose sobre el género humano, sentirá esa emoción que embarga al hombre al contemplar la inmensidad del océano o los bosques majestuosos?...

«Y locamente me abracé a una de las columnas inferiores y sentí que las pulsaciones de mi sangre se confundían con los latidos de la piedra enamorada; pues ha de saber M. le Chevalier, que el amor vive en el corazón de las piedras, y precisamente un guijarro enternecido, habrá de destruir la mentira y el orgullo en el día señalado...»

Y ante la pobre amante, ante la «desgraciada criatura expuesta a los caprichos de la suerte», exclama: «Tú te has nutrido con los frutos de una tierra fertilizada por la muerte... Viva imagen en su voluptuosa crueldad del canibal que engorda a sus cautivos antes de entregarlos al verdugo, que ha de ponerlos en salsa. La tumba te nutre con sus frutos, a fin de que mañana le sirva tu carne succulenta de copioso festín». Pero este lamento se desvanece ante la visión divina: «¡He aquí la Epifanía! ¡He aquí la Epifanía! ¡Arrodillaos! Abí está El, Padre en los Cielos sin fin, hijo en la tierra limitada, Espíritu de verdad, Amor del Padre al Hijo, Amor del Hijo al Padre, Amor de los Amores, el Único Amor frente a sí mismo!

Y el duelo continúa hasta el fin de este poema extraordinario. «L-Initié» no ha alcanzado aún la beatitud y la paciencia que aconsejaba el Abate del Convento de la Caridad a Miguel Mañara, después de escuchar su terrible confesión:

«El amor y la precipitación están reñidos, Mañara, decía el Abate. El amor se mide por la paciencia. Un



## O. V. de L. MILOSZ

Por ARMANDO GODOY

paso armónico y seguro, es el que conviene al amor. No importa que éste marche a través de un jardín de jazmines, del brazo de una moza o sólo entre dos hileras de tumbas. Paciencia. La oración es ayuno antes de ser festín, y el corazón desnudez hasta convertirse en el manto de cielo que cubre el mundo. Canta humildemente en el libro de los pobres de espíritu y espera... Cuando el amor y el dolor y el odio, se convierten en fantasmas donde la espada se ahoga como en el agua y donde el labio tropieza con sus propias grietas, como en el vapor del vaso, se habla a Dios, no de uno mismo y de sus propias desgracias, sino del hombre, y de la espuma, y de la arena, y del viento y de la lluvia.

o o o

Miguel Mañara Vicentelo de Leca, el Don Juan histórico, el que los románticos nombraron Don Juan Maraña, ha brindado a Milosz el tema de una de sus obras más bellas, una de las obras de arte más puras de la poesía contemporánea. Don Juan ideal, Mañara, que poseía una fuerza espiritual extraordinaria, buscaba de mujer en mujer, el fantasma fugaz—el amor inmenso, tenebroso y dulce. Cada nuevo contacto, era nueva desilusión, que alejaba al Seductor y parecía precipitarle en el abismo del tedio. Pero el poder místico resiste esas pruebas, y la misericordia de Dios es infinita. Don Juan—Don Miguel—empieza a darse cuenta

de la verdad. Necesita almas—la intangibilidad de una sustancia que no esté condenada a la corrupción de la muerte. ¿Cómo alcanzar esas almas intangibles con manos de carne?... Y ¿por qué Dios no ha querido encarnar en el mundo, fuera de Nuestro Señor Jesucristo, esa unión perfecta del pan y del vino, que se da en la Hostia?...

Una mujer surge radiante: el momento salvador se aproxima. Es la gracia divina que planea sobre el corazón malvado. La mujer, Girolame, en quien «el amor es miel y rocío y bálsamo y ternura», va a morir. La purificación total no puede demorarse. Nuestro Señor no quiere postergar su nueva conquista: Don Miguel es suyo, para siempre. El héroe ha comprendido. Ya no comprende... «¡Salud, Rey de los Judíos!... Tengo sed, exclama el corazón de la vida...»

«Ahora comprendemos que es el Hijo de Dios vivo y que será con nosotros hasta el fin del mundo. Amén»

«Amén—repite Don Miguel, que entonces se consagra por entero al único amor que nunca engaña».

Nuestro Santo Padre, Pío XII, entonces Cardenal Pacelli, cuya gran autoridad literaria y artística es de todos conocida, se dignó escribirme elogiando ese poema, que consideraba «una poderosa evocación histórica imbuída de una inspiración profundamente cristiana».

o o o

Milosz nos ha dado además de las obras ya citadas los siguientes poemas: «Les Eléments» y «La Confession de Lemuel», «Méphiboseth», tragedia bíblica; «Ars Magna» y «Les Arcanes», obras metafísicas; «Contes» et «Fabiliaux de la Vieille Lithuanie» y «Contes Lithuanians de ma Mere l'Oye».

La «Confession de Lemuel» contiene, a guisa de introducción, la célebre «Epitre a Storge» y siete poemas en versos libres, que contienen «Le Cantique de la Connaissance» y «La Confession de Lemuel».

o o o

San Jerónimo cuenta, que San Juan Evangelista, hacia el fin de su larga vida, se expresaba siempre en idénticos términos cuando le rogaban que hablase al Señor: «Hijos míos, decía, amaos los unos a los otros». Cansados sus discípulos de escuchar a diario las mismas palabras, le preguntaron: «Maestro, por qué hablas cernos de continuo esa recomendación?». Y él respondió: «El Señor lo ha mandado así».

Y ese mandamiento bastó para que la obra de Milosz fuese grande. Poeta, novelista y metafísico, ardiente, arde en amor hacia el hombre, hacia los elementos y hacia la vida, es decir; Ama a Dios. «Queridos hijos, dice, vivir y obrar para el bien de los hombres mis enemigos», hubiera podido decir «mis hermanos», como decía San Francisco. «Mis hermanos los bandidos». Cuando el poeta escribe «mis enemigos», quiere decir «los enemigos de Dios», y es precisamente la hostilidad del hombre hacia el Creador, lo que le hace sufrir «como jamás sufrió ningún mortal». Lo que pudiera interpretarse como un sentimiento de odio, es simplemente amor.

He visto llorar a Milosz al contemplar un pájaro herido y ante el esfuerzo que realizaba una mujer lavando cubos de agua. Su obra entera vibra de amor hacia los seres animados. Cuando exclama «un amor aniquilado por la piedad, por la cólera y el aliento», no quiere decir, como pretende M. Jean Cocteau «amor combatido por el odio», sino que hace un reproche a sus propios sentimientos, que quisiera más indulgentes, más enteros, más confiados. La duda y el remordimiento le atormentan. Y es que la excesiva sinceridad amorosa, crea esa depresión. El mismo San Francisco declaró antes de morir, que las torturas físicas a que se había sometido, eran poco caritativas. «Perdóname», exclamaba: «Alégrate cuerpo hermano purificador».

El amor de Milosz tiene cierta semejanza con el amor del Santo. Este decidió cambiar la lucha, por la adoración absoluta. «El amor crea el amor», decía el poeta de Asís. «Es el medio más seguro de volver las descariadas al redil». La última evolución del poeta se encaminada al mismo fin: Humildad completa y definitiva, para atraer a las almas rebeldes.

# Michel Simon, o el francés

GRAN HALLAZGO



Un gran reportaje exclusivo,  
por Miguel Pérez Ferrero

**13 PELICULAS EN 12 MESES.—  
LOS INCONVENIENTES DE SER  
UN BUEN ACTOR.—EL HOMBRE  
DEL ESPIRITU MULTIPLE.—LA  
MAYOR ILUSION.**

duda lo que más vivos les mantiene es el bar del ex-boxeador americano, de gran lujo, del que es propietario y al que puso su nombre y a la sombra del Arco de Triunfo, en un esquinazo del «Astoria». Michel Simon acaso soñaba con ser un campeón en aquellos días. Luego prefirió formar campeones, en lugar de serlo él mismo. Y de sus manos, mejor de sus guantes, salió un campeón de Europa.

De sus oficios ha ido viviendo Michel Simon desde su primera juventud. También—lo hemos dicho—fué fotógrafo. El acaso soñaba con poder dedicarse exclusivamente a la fotografía de arte, pero al estudio llegaban las gentes endomingadas, a retratarse en familia; cuando no llegaban las bodas.

Dió una nueva vuelta hacia la cultura física: «De los guantes de boxeo, a la gimnasia sueca», podría titularse a esta etapa suya.

¿Pero la afición por el teatro?

Siempre había tenido; lo que pasaba es que el teatro le era esquivo. Sin embargo él, se juraba dominar su resistencia.

El año 1920, o por esos años, los Pitoeff se hallan en pleno auge en París aquel auge que hizo sólida su fama presente; Michel Simon figura en la compañía, y, con ellos, representa el gran teatro universal, especialmente el clásico con gran éxito. Después pasa a otras compañías y con el célebre Jouvet obtiene triunfos que lo sitúan en los primeros planos teatrales.

veces, lo que le parece más lejos, es lo que está al alcance de su mano.

Antes de llegar al cine, Michel Simon, fué otras muchas cosas, algunas de ellas curiosas y divertidas, al referirlas en pasado. Fué boxeador, fotógrafo, profesor de cultura física y... comediante. Comediante en el teatro, naturalmente.

Jorge Charpentier estaba todavía en su apogeo, mimado por los públicos, vedette entre las vedettes de todos los géneros: rey de la popularidad, en suma.

El arte y la inteligencia, duran más que la fuerza y la elasticidad de acción. De este modo otras estrellas de París quedaron, desde entonces, y desde mucho antes; y perduran. Jorge Charpentier comenzó a ver oscurecerse sus brillos. Hoy preside espectáculos deportivos, arbitra algún match internacional, pero su nombre y su recuerdo se van esfumando poco a poco. Sin

ante un personaje en el cine francés que ha en relativamente rápida carrera, los honores de la fama máxima y la consideración en los círculos universales del séptimo arte. No es un fenómeno. Los papeles que ha desempeñado han sido menudos rebuscadamente antipáticos. Pero gran actor. De lo mejor que presenta el cine francés hoy día. Y, naturalmente, ha terminado imponiéndose. Este gran actor se llama Michel Simon.

**NUMERO 14 Boulevard Exelsmans.** Hay una sala de gran cine de barrio. El local lleva el nombre del Boulevard y éste se encuentra en la demarcación departamento 16 de la ciudad, ciudad: París.

En la noche a la entrada se observa un movimiento de gentes, con aires de celebración y fiesta. Normalmente no se proyecta ninguna película, sino que han venido actores y actrices y favoritos de la época para actuar directamente, en supremo contacto con el público, sobre la escena.

En la sala resuenan trompetas militares, ruidos de tambores. No podemos menos de confesar que, ante el calor desencadenado con furia tropical, nos da la espalda un escalofrío.

Hay que realizar esfuerzo alguno para recordar otros días que precedieron a la gran guerra de 1914. El ambiente también estaba cargado a toda hora de sonos de trompetas. Los espíritus estaban en ebullición. A cada instante la alusión, sin querer surgía. ¿En los días ahora días muy semejantes a aquellos. ¿En aquellos días, los presentes? Entonces también se suscitaban fiestas, los beneficios, las risas enojadas por los dientes de las hermosas y el buen humor de los hombres. Entonces también se precipitaba la vida por un deseo de no pensar...

Y cuando sonado las trompetas y los tambores. Y cuando...

En la sala está la representación del 21 de cazadores de cazadores combatientes—en honor de quienes se celebró un beneficio. Está la representación. Es decir lo que aquellos.

En el palco, de uniforme, el mutilado célebre: general Gouraud, en sus ayudantes. Es el comandante de París. Por todos lados cintas y rosetas en honor de la Legión de Honor. Y cintitas blancas titulan el tema: la medalla militar... Y muchas medallas, finas...

En el escenario una mujer—una bella mujer—vestida de blanco canta con voz cálida ligera, o sentimental, o picarescas canciones francesas. Es Germaine Sablon, la gran estrella de la radio, a la que cuantificadamente ese nombre de estrella.

El 21 de cazadores puede estar contento de su comportamiento.

Antes de aparecer Germaine Sablon se ha representado «Teodora». La sola aparición de un actor en el teatro provocó el entusiasmo del público. Este actor es Michel Simon.

**LOS OTROS OFICIOS.—LOS AÑOS DE ACTOR TEATRAL**

Es muy difícil saber con precisión por qué caminos, en un determinado momento, se llega a las cosas que hoy vemos. Parece ser que en el libro del destino está escrito con infinita antelación; pero el destino es arcano que, como tal, no se revela.

Michel Simon da vueltas en torno a sí mismo y, a

La hora del cine está a punto de sonar. El lo ansía.

Pero cuando esa hora haya sonado sucederán a aquella jornadas de desaliento, de lucha, que habrán de preceder la consagración definitiva.

EL INJUSTO PAGO DE JUAN DE LA LUNA

No se puede hablar de Michel Simon, sin recordar su actuación maravillosa en aquella película que fué deleite de los más exigentes públicos de todo el mundo y cuyo título era «Jean de la Lune» (Juan de la Luna).

Significaba sencillamente, la revelación del primer actor del cine francés, del actor que hoy se reputa, sin discusión, como el mejor con que cuenta la cinematografía francesa.

Sin embargo...

—Si usted supiera...—Michel Simon adquiere un aire de suprema gravedad al aludir al suceso. No puede figurarse de qué manera me perjudicó ese film.

Hace una pausa para observar el gesto de asombro que provocan sus palabras.

Continúa:

«En «Juan de la Luna» hacía el papel de hermano; ese terrible hermano, cómplice y parásito, sin moral y sin dignidad...»

En efecto. Recordamos el film. Un film que marca toda una etapa del cine de Europa: una producción que ha hecho época y que ha dejado ejemplo; una realización en suma, que París ha vuelto a admirar este año en sus pantallas y que se mantiene, sin desmerecer, al lado de los mejores éxitos de ahora. Si en ese film hay un papel prodigiosamente desempeñado es el de Michel Simon.

Elogiar sencillamente la actuación del actor no basta para dar una idea: el ditirambo, tampoco.

...«El papel—prosigue Michel Simon—era antipático. Los más ingrato del cine es asumir esta clase de papeles que encarnan seres antipáticos. A mi me costó caro el realizar mi cometido con conciencia artística. Me pasé dos años sin que nadie quisiera saber de mí. No veía manera de obtener un contrato para trabajar cinematográficamente. Los productores tutelando el juicio de los públicos y anticipándose a lo que éstos pudieran pensar, me rechazaban. Opinaban que los espectáculos no habrían de mirarme con simpatía... Pasé malos ratos... Creí mi carrera cortada para siempre... Continué trabajando en el teatro».

EL RECORD

Pero las cosas cambian.

Desde hace cinco años Michel Simon actúa sin descanso para las cámaras.

Hoy es una gloria del cine francés.

El público le conoce, le reclama, le admira. Cuando realiza, que suele ser frecuentemente, papeles antipáticos, los espectadores saben ya, de sobra, que el actor está haciendo arte, para ellos...

Este año Michel Simon ha batido el record de trabajo: 13 films en 12 meses. Y, naturalmente, ha encarnado toda clase de personajes, toda clase de caracteres, toda clase de psicologías.

Ha hecho de estafador, de magistrado, de obispo, de vagabundo, de señor de la clase media, de actor...

Y la crítica acaba de pronunciar sobre él las palabras de máximo reconocimiento que casi nunca suele pronunciar.

Hay varios títulos: «Noix de Coco», «Cavalcade d'Amour»... «La fin du jour» dirigido por el director mejor que tiene Francia hoy día: Duvivier.

LAS ACTUALES ASPIRACIONES

Se habla del cine de Europa y del cine americano. Michel Simon dice:

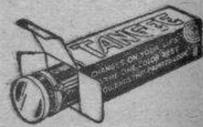
—Es absurdo anteponerlos y más aún, establecer comparaciones. Son dos cosas distintas. Los elementos son también diferentes. El cine americano cuenta con todo y es como un guía. Lo que hay que juzgar es si el cine francés es bueno en lo que pretende. Yo creo que además de lo que hace, podría darle más cabida al humor y a la alegría nuestras. Lo enfermizo se sobrecarga a veces. De todos modos estimo que se ha trabajado bien y que hay varias representaciones de



Ella lo amaba en silencio. El se había fijado en ella—pero la evitaba. Le chocaban esos labios reargados de pintura. Ella se dio cuenta... usó Tangee y...



ella se tomó la revancha! Por algún tiempo se dejó cortejar—pero se mostró reservada... hasta que por fin le dió el sí... «Me gustas—él dijo—por tu boca de grana... por que no te pintas... ¡no veo la hora de conducirte al altar!»



Causa sorpresa al usar Tangee por primera vez. Y luego admiración. Usted ve que pasado doselo ligeramente es rosa. Repasándose llega hasta un grana encendido. Un día aún más vivido lo da el nuevo Tangee "Theatrical". ¡Y siempre luce usted "naturalidad" que encanta! Por eso es el lápiz de más venta en Estados Unidos. Allí las imitaciones no tienen aceptación ¡cuidado que no intenten vendérselas aquí! Exija Tangee ("Natural" o "Theatrical").

Use también el colorete y el Polvo Facial Tangee. Deje hoy mismo las pinturas y luce más atrayente usando Tangee!

El Lápiz de Más Fama  
**TANGEE**  
EVITA EL ASPECTO DE PINTURA

primera clase dentro de la producción universal. Esto ya es bastante. Mi actriz preferida en las pantallas del mundo entero es una americana: Carole Lombard. Lo tiene todo: atracción, belleza, elegancia, alegría, tristeza, finura, fuerza si es preciso... Todo, todo. La juzgo admirable. Una de mis ilusiones presentes es aprender el inglés y representar algunos papeles en Norteamérica. No es afán de universalizarme, sino de superar nuevas dificultades en mi arte. Y este afán de superación es porque estimo que el cine es la expresión suprema del dinamismo, de lo que siempre está en marcha, de lo que siempre va como un adelanto.

PAGINA DE ANECDOTARIO

En uno de los 13 films que Michel Simon ha representado este año último, el actor hacía un papel de «clochard» (vagabundo).

Una de las escenas «exteriores» iba a ser tomada en un barrio típico de París, precisamente en una típica calle.

A las seis de la mañana las cámaras están dispuestas, el personal a punto, el director en su sitio. Van a girar las manivelas.

Michel Simon, de vagabundo, está sentado al pie de una escalinata. Cruza un hombre la calle sin hacer caso del aparato que se despliega, ni de los curiosos que se agolpan. Van a detenerle, pero el director hace un ligero ademán para que no le molesten. El hombre termina de cruzar y va a sentarse junto a Michel Simon. Como él es un montón de harapos, pero un montón perenne. Este «clochard» (vagabundo) es verdadero.

—¿Qué; todos éstos esperan a un actor que no llega?

Michel Simon se encoge de hombros.

El otro prosigue:

—No hay conciencia ¿eh? Todo esto dispuesto para un actor que no le da la gana de llegar. Pero al fin y al cabo ni a tí ni a mí nos importa. ¿No tienes un solo céntimo? Yo tampoco. Pero si tienes algo podíamos ir a bebernos un vaso ahí al lado. Eso calienta...

El director hace un ademán.

Los ayudantes de acercan y le instan al vagabundo para que se aleje. Al principio el vagabundo no comprende. Al fin se une a la masa de curiosos.

Cuando Michel Simon termina de hacer su escena, busca al «clochard» y le invita.—Ahora podemos ir a tomarnos ese vaso. Si quieres.

El «clochard» dice con naturalidad no exenta de cierta indiferencia.

—Bueno, vamos. La verdad es que no me figuraba que fueses tú el actor.

LAS DOCE DE LA NOCHE

Se termina la fiesta en la sala del Boulevard Exelmans. Las trompetas y los tambores resuenan. El general Gouraud le ha dado su mano a Michel Simon

como testimonio de gratitud de los antiguos combatientes del 21 de cazadores. La sala se vacía lentamente.

En la calle la muchedumbre espera. Rodea al actor. Le alarga programas en solicitud de «un autógrafo». Michel Simon, en pie, bloqueado, firma durante largo rato. Complace a los espectadores de hace unos momentos. Pero la gente del barrio también va llegando y hay que complacer a todo el mundo. ¡Hasta a los chiquillos que acuden!

Una niña, que apenas si levanta un palmo del suelo, le dice con su vocécita encantadora:

—Toi, mon petit Michel...

No le parece, por lo visto malo, este hombre que ha representado tantos papeles de miserable.

Por fin le dejan marcharse a Michel Simon. Va hacia Vincennes, en el coche que él mismo guía.

Yo voy pensando en la expresión de la pequeña como una representación del calor de todo un pueblo por un gran actor al que reconoce.

Porque, en efecto, Michel Simon es el actor más completo del cine actual de Francia.

(Prohibida la reproducción)

París, junio 1939.

Muy breves

ROMANTICA

Era bella, muchos pretendían su mano con ahinco. Y le enviaban orquídeas, violetas, lilas y rosas. Todos, menos uno, un joven bueno y pobre que sólo le envió un ramito con unos cuantos me olvides. Ella se casó con el... que le envió las orquídeas. (George Jean Nathan).

LA MAÑANA SIGUIENTE

La esposa.—¿Dónde estuviste anoche, con quién andabas, no te da vergüenza llegar a casa en ese estado?

El marido.—Bueno, bueno, querida; te lo contaré; dime cuál es ese abrigo de pieles y cómo lo venden? (Picalili).

Pensamientos

Puede que sea bueno el hombre que no tiene enemigos; pero resta saber bueno para qué.

Los que eluden el trabajo son eludidos por recompensa.

Mientras más dinero tiene uno más fácil es economizar y aconsejarlo.

**UNA FORMIDABLE BANDA DE FALSIFICADORES DE OBRAS DE ARTE FUE DESCUBIERTA A RAIZ DE UNA INVESTIGACION QUE DURO CUATRO AÑOS, Y QUE SE ORIGINO PORQUE LA NARIZ DE UNA ESTATUA GRIEGA ERA ROMANA**

Por HORACE K. TURNER

**H**ACE diez o quince años, cuando en Chicago o Nueva York una banda de «gangsters» liquidaba una operación con las descargas de sus ametralladoras, todo el mundo se enteraba inmediato. Pero por esa misma época, por ejemplo en el 1929, nadie se enteró del descubrimiento que hizo John Marshall, arqueólogo del Museo Metropolitano de Nueva York. Sin embargo, el descubrimiento de Marshall tenía considerable importancia, y lo tuvo en esta ocasión, precisamente, porque en los últimos tiempos han menudeado en todo el país los descubrimientos de obras de arte falsificadas...

Si bien en estas historias no entra el factor espectacular que son las ametralladoras, no por eso dejan de ser de considerable importancia. Todo lo que sucedió en la primavera de 1929 y el largo trabajo de varios años que determinó, son la mejor prueba de esta importancia que se afirma.

Es un caso que conviene conocer, para informar de que los grandes delitos no tienen que aparecer siempre bajo aspectos sensacionales, y también para poner de relieve que muchas veces de un pequeño detalle, de una observación casi casual, surgen extraordinarias posibilidades. Por ejemplo, en este caso, el pequeño detalle fué la forma de una nariz...

**LA ESTATUA DE ATENA**

La Ciudad de los Bosques, como se llama a Cleveland, tiene, además de su hermoso puerto sobre el lago Erie, de sus anchas y sombreadas calles y de sus hermosos edificios públicos, un buen Museo de Arte, que los diferentes gobiernos del Estado de Ohio se han preocupado siempre en enriquecer. Este enriquecimiento se hace generalmente con adquisiciones obtenidas en Europa, y así sucedió en el año 1929, cuando se compró en París una magnífica estatua de Atena, la diosa griega del pensamiento, que, según todos sus antecedentes, databa del año 600 antes de J. C. Se pagó esa estatua a más de 10.000 dólares por siglo de antigüedad, ya que el precio total fué de 300.000, y, con todo, la dirección del museo se encontraba orgullosa del negocio.

Mas aquella alegría duró tan sólo hasta la primavera de aquel mismo año, que fué cuando entró en escena inesperadamente John Marshall, del Museo Metropolitano de Nueva York. Marshall había oído hablar de aquella obra de arte, y no dejó de interesarse en una riqueza que significaba mucho para el tesoro artístico de la nación. Fué por eso que solicitó a sus colegas de Cleveland una buena foto de la estatua de Atena y que, cuando la tuvo, se extasió en su contemplación, dejándola luego en su escritorio.

El mismo confesaba después:

—La realidad histórica es que en el primer momento no me di cuenta de nada. Tenía la foto frente a mí todos los días, y nada había visto.

Una hermosa mañana de mayo, Marshall toma la foto, como tantas otras veces, y la mira, mientras su espíritu de arqueólogo se desdobra en una evocación del arte helénico...

—Pegué un salto en la silla cuando me di cuenta —contaba después—. Me pareció que era una ilusión óptica, pero poco tardé en convencerme de que se trataba de la realidad...

Rápidamente llamó a Cleveland por teléfono y habló con los directores del museo.



**La NARIZ de la DIOSA ATENA**

—Habla Marshall... Marshall del Metropolitano... ¿Saben ustedes que la Atena que tienen ahí es una falsificación?... ¡Eh! ¿Cómo? ¿Qué estoy loco? No, hombre, fijese usted en la nariz...

La información telefónica fué más o menos así. Luego los directores corrieron a la sala donde se exponía la valiosa estatua, y le miraron la nariz.

—Bien—decía Marshall—; lo que descubrí aquella mañana fué muy sencillo; tan sencillo, que antes nadie se había fijado en eso. La estatua griega de Atena tenía una nariz romana...

Ese detalle de la nariz sirvió para descubrir la superchería. El Museo de Arte de Cleveland había sido estafado en 300.000 dólares, y esa estafa delataba casi con toda seguridad que en alguna parte del mundo había individuos que se dedicaban al peligroso pero productivo negocio de falsificar obras de arte.

No todos los días se compra una estatua de 300.000 dólares; y por lo tanto en Cleveland no se resignaron a la simple condición de víctimas. Es en esta parte del relato donde aparece Pedro Tocci, que era un famoso crítico de arte de Nueva York, a quien las autoridades del museo de Cleveland contrataron para que investigase todo lo que pudiera de aquel asunto. El contrato de Tocci duró cuatro años.

Estuvo en París, estuvo en Londres, en Viena, en Berlín y, al fin, llevado por las pequeñas vistas que fué encontrando acá y allá, llegó a Roma en el año 1933. La teoría de Tocci consistía en sostener que el autor de la falsa Atena era un verdadero maestro en imitaciones de obras de arte, y que ese artista debía ser conocido necesariamente en alguna de las grandes capitales europeas. En París oyó hablar de un tal Alceo Dossena, y también lo sintió nombrar en Londres, en Viena y en Berlín. Y fué en busca de Dossena como quien va seguro de descubrir la clave de un enigma.

**LA ORGANIZACION PERFECTA**

No le costó mucho trabajo dar con él. Se trataba en realidad de un conocido imitador de obras maestras, y Tocci tenía preparado ya el ardid para que el hombre se confesara:

—Me han dicho que esto es obra suya, y no he podido creerlo...

Le enseñaba, al hablar así, la fotografía de un supuesto Donatello que se encontraba en un museo alemán. Dossena, halagado, afirmó:

—Sí, es mía...

—¿Y esto?...

Tocci enseñó entonces una foto de la Atena falsa que estaba en Cleveland.

—También... Mía.

—Pero usted aquí cometió un gran error—observó Tocci—: la nariz de Atena es romana.

Dossena sonrió con picardía:

—Sí. Es cierto. Ya lo advertí yo... Es una de esas cosas que pasan.

Luego, como explicándose, agregó:

—La dejé así porque me la pagaron bien unos señores...

—¡Ah! ¿Y cuánto le pagaron?...

—Diez mil francos...

Tocci comprendió entonces, como ya lo había sospechado, que el artista se hallaba al margen del tráfico ilegal que se había realizado con las estatuas que él vendía como imitaciones pero que habían sido revendidas como auténticas.

El crítico e investigador se enteró de que aquellos «señores» que habían pagado 10.000 francos por la falsa Atena—para cobrar 300.000 dólares luego—eran clientes habituales de Dossena, y con ese detalle fué fácil el resto de la pesquisa, que culminó con la detención de todos los integrantes de la banda de «falsificadores de antigüedades».

Era un grupo internacional que procedía con una organización perfecta. Las obras que compraban a Dossena y otros «imitadores» eran enterradas por ellos en lugares determinados, cerca de un convento unas veces, próximos a un pueblo otras, de manera que, cuando se producía el «casual» descubrimiento de la obra de arte, lograban fácilmente todos los testimonios que rodeaban el hallazgo de la seriedad que ellos necesitaban para valorizarlo...

He aquí la historia en cuestión. No se puede negar su importancia. La investigación duró casi cuatro años, y en uno sólo de los delitos los delincuentes habían embolsado 300.000 dólares...

Y, como se ve, no siempre se necesitan ametralladoras para que los asuntos policiales sean sensacionales.



**C**ASI desde el primer instante se odiaron; la muchacha apretó más la amplia capa alrededor de su esbelto cuerpo y sus grandes ojos asustados brillaron a la sombra proyectada por la capucha que escondía su rostro. Philippe permaneció erguido y silencioso frente a ella en la cubierta del velero, el rojo de la ira coloreando poco a poco sus mejillas bajo la negra barba y subiendo hasta la raíz de sus ondulados cabellos castaños.

Cinco minutos después eran marido y mujer. Para Philippe era como un mal sueño que de pronto se tornara realidad. Esa misma tarde sentado a la puerta de su cabaña se había sentido quizá un poco solitario como siempre al concluir un día de trabajo, pero en manera alguna descontento de su suerte. El trigo crecía por encima de sus cálculos más optimistas; el añil se elevaba más alto cada día. Cuando transcurriera un mes, si la suerte seguía de su lado, conduciría su propio bote cargado de productos al fuerte Lajourche y de allí río arriba hasta Nueva Orleans. Entonces tendría dinero suficiente para un pasaje a Francia, donde buscaría una esposa a su gusto. Enviando al aire perfumado volutas de humo de su pipa, pensó con un sentimiento de exaltada felicidad en la joven cuya presencia alegraría a su vuelta la cabaña de troncos.

En ese momento el velero apareció en una curva del riacho y lo increíble, lo fantástico tuvo lugar. Extraordinariamente cargado, llevando pasajeros de ambos sexos, el velero se acercaba costeaudo la orilla con lentitud. Al fin amarraron; Philippe bajó la cuesta corriendo, pero uno de los oficiales había saltado ya a tierra.

—«Bon jour, monsieur». Por favor, ¿puede indicarme dónde vive «monsieur» Philippe de Chassin?

—A su servicio, señor...— Philippe se inclinó en un rígido saludo. Verdad era que vestía ahora sus ropas de trabajo, pero un hombre de discernimiento debía ver que él había sido también un oficial del Rey y un caballero.

—¡Ah, «bon»!—el oficial se inclinó a su vez.—Tenemos a su novia a bordo, señor. Ha venido con nosotros de Nueva Orleans al cuidado de dos Hermanas Grises destinadas al distrito de Natchez.

Sólo dos palabras oyó Philippe, lo demás fué un simple rumor.

—¿Mi novia?—repitió estupefacto.

—Sí, «monsieur». El padre Hubert los casará a ustedes. ¡Esperan todos, incluso la novia!... ¿Debo agregar que es necesario apresurar la ceremonia?

—Pero...—la mente turbada de Philippe trabajaba con dificultad. ¿Podría ser que el padre Bobé no hubiera recibido su segunda carta a tiempo? Porque en los primeros días de su exilio voluntario, desesperado por la soledad había escrito al buen sacerdote de Versalles que lo conocía de niño rogándole buscara y le enviara una novia: hasta incluyó en la carta el dinero para el pasaje y el anillo de su madre como prenda de compromiso. Pero la descripción hecha por el padre Bobé de la joven elegida bastó para demostrarle que él, Philippe, jamás se conformaría con la elección de otro y así se apresuró a escribir agradeciendo al padre Bobé su atención y comunicando su deseo de volver a Francia en una breve visita para buscar novia a su gusto. ¿No llegó esa carta a destino? Al parecer no... De modo que ahora...

—Vamos, «monsieur».— El oficial se mostró algo impaciente.— Nos hemos desviado varias millas

de nuestra ruta habitual para favorecerlo, pero bemos volver al río esta misma noche. No los hombres pueden jactarse de que le lleven esposa hasta el umbral mismo de su casa... lo menos no en esta salvaje Louisiana nuestra el año 1724 de Nuestro Señor.

—Adelante, Hermana Felicia—llamó el capataz.—¿Dónde está su protegida? Tenemos poco que perder.

Del extremo opuesto de la cubierta se asomó una Hermana Gris, conduciendo de la mano a una joven cubierta de la cabeza a los pies con una amplia capa azul provista de una capucha que lababa en sombras su rostro.

—¿Es «él»? ¿Ese hombre?—preguntó con voz.

—Sí, pequeña—rafió el sacerdote con firmeza.— Y una hermosa estampa de juventud fe mía. Alto, de hombros anchos y fuerte latura.

—La joven se separó de la hermana Gris y permaneció apartada, erguida, ciñendo más el cuerpo la capa azul, brillantes sus ojos bajo la capucha.

—¡Oh, no! ¡Es un salvaje! ¡Me niego a casarme con él!

Hubo una carcajada sofocada entre la tripulación; un murmullo que podía ser de diversión entre los pasajeros. Philippe se ruborizó de vergüenza.

—Vamos, criatura, recapacite—prató el padre Hubert con firmeza.—Se sometió usted a los inconvenientes de un largo y penoso viaje para la esposa de este hombre. No puede volverse atrás. Su deber está con él, a su lado.

—Pero... yo... no sabía.— La jovencita ruborizó.

lentamente. Por un momento, a pesar de  
 Philippe vió el paisaje tal cual debía  
 ser a los ojos de ella: las tranquilas aguas  
 que las primeras sombras de la noche  
 cubrían; el pequeño claro donde residía todo  
 el mundo; la desnudez de la cabaña con sus dos  
 habitaciones sin pintar, los escasos mue-  
 bles, y más allá, hasta donde alcanzaba  
 la vista, la selva oscura de cipreses, robles y ce-  
 rros cubiertos de musgo, desolado, salvaje.  
 —¿Dónde está la hermana Bris dulce-  
 —El que te ofrecen es un hogar bueno y  
 y «monsieur» tiene bondad en sus ojos.  
 ¿qué otro recurso te queda? No hay lu-  
 ga para tí, donde yo voy; tú perteneces aquí.  
 —¿Qué me ofrecen?—ordenó el padre Hubert en  
 un tono tranquilo pero firme. Avanzando tomó la  
 mano de la jovencita y la obligó a avanzar unos

facciones; por el momento los ojos borraron toda  
 otra cosa a su alrededor. Eran oscuros, profun-  
 dos, sombríos como el lago en el lugar donde los  
 sauces se proyectaban sobre él y sin embargo, su-  
 po que esos ojos, como las aguas a la caricia del  
 sol, eran azules.

—Usted... usted no es la joven que envió el  
 padre Bobé...—balbuceó.

Ella se detuvo erguida y desafiante. Levantan-  
 do una mano la extendió para que él la mirara.  
 Philippe reconoció el anillo de su madre, pero  
 el dedo que adornaba era fino, blanco, de sati-  
 nada piel, dedos que no conocían contactos rudos.

—Usted no es...

Irguió aún más la hermosa cabecita.

—No le mentaré. No soy en efecto, aquella jo-  
 ven, pero el padre Bobé consintió en dejarme ve-  
 nir en su lugar. Tenía que salir de Francia.



con un leve impulso al brazo de Philippe  
 salió su sitio y sin más dió comienzo a la ce-  
 rmonia. Philippe permaneció tan inmóvil como  
 una estatua a su lado. Sólo una vez la miró viendo el  
 brillo oscuro de la capa y la capucha nada  
 diferente de las palabras del servicio religioso ento-  
 nado por la profunda voz del sacerdote res-  
 paldado por sus oídos, sin llegar a su cora-  
 zón. Contempló en el horizonte el  
 azul oscuro de un atardecer sin nubes, fundido  
 con el oscuro sobre su cabeza; el pequeño se-  
 ñal de la luna nueva colgaba blanca y pá-  
 lida sobre los cipreses. De pronto se sintió cons-  
 tante de la belleza a su alrededor y recobró

joven—Adrienne, la llamaba el padre—te-  
 nido, eso era todo, miedo de él, del país  
 y salvaje. Pero él sería bueno con ella. El  
 padre se la había enviado y debía acatar sus  
 palabras de buena voluntad.  
 —¿Cuántos minutos a lo sumo... Y ahora eran mari-  
 da.  
 ceremonia concluyó y el capitán los hizo  
 caer a tierra. Dos hombres hombres deposi-  
 taron una pesada caja en la orilla, a sus pies;  
 los otros ondearon pañuelos despidiéndose en  
 medio de alegres gritos, el velero empezó a mo-  
 verse y pronto desaparecía por la boca del riacho.  
 La joven permaneció un momento mirando el  
 horizonte después con un grito de desesperación  
 dio varios pasos como si pretendiera arrojar  
 para darle alcance. Philippe clavó la vista  
 en el estupefacto; la capucha se había desliza-  
 do hacia atrás y por primera vez veía el rostro  
 de la esposa.  
 tarde conoció la delicada belleza de sus

—No se puede quejar. Salió y está bastante le-  
 jos ahora—dijo Philippe secamente. Levantó la  
 caja y señaló el camino a la cabaña. Después de  
 un instante de vacilación, la joven lo siguió:

—No se moleste en llevar mi caja. No pienso  
 pasar la noche aquí.

Philippe lanzó una amarga carcajada.

—¿Y dónde piensa ir?—dejó la caja en los es-  
 calones de la cabaña.—«¡Voilà!» Allí está el lago,  
 más allá el río serpentea a través de las inexplora-  
 das selvas; se ensancha entre pantanos, exten-  
 diéndose en el horizonte hasta alcanzar el Golfo  
 de México. Por este lado, sólo está mi posesión  
 y luego bosques inmensos otra vez. Por si esto  
 fuera poco, hay indios; el mes pasado mataron a  
 cinco blancos que se atrevieron más allá del río.  
 Ese espacio ancho que se extiende entre paredes  
 de árboles no es como parece un camino real,  
 sino un lago cubierto de jacintos. Camino unos  
 pasos sobre él y se hundirá irremisiblemente.  
 Ahora dígame, ¿dónde podría ir? Vamos, entre  
 en la cabaña...

Y esta vez lo obedeció.

Philippe acomodó la caja en un rincón de la  
 amplia habitación y encendió una vela de sebo.  
 Las vigas de ciprés que él lustrara con aceite bri-  
 llaban a la luz intermitente, sus cambiantes tonos  
 anaranjados mezclados con el suave amarillo de  
 la tierra cocida que unía los troncos. El había he-  
 cho la cabeza con con sus propias manos, lo mis-  
 mo que las sillas, la mesa y el enorme lecho.  
 Durante el largo invierno, cuando las lluvias ha-  
 cían imposible el trabajo, pensando en la esposa  
 que iluminaría algún día su hogar, Philippe había  
 esculpido las muebles delicadamente, con un di-  
 seño propio. ¿Comprendería esta joven cuánta

delicadeza, trabajo y amor simbolizaba esta ca-  
 baña? Se volvió para mirarla. Ella permanecía de  
 pie, rígida, bien envuelta en su capa, como si has-  
 ta el aire le fuera desagradable. Sus grandes ojos  
 observando burlones a su alrededor. El corazón  
 de Philippe se endureció.

—¿No le agrada mi casa?

—Es una vivienda apropiada para una persona  
 como usted.

Philippe abandonó la habitación bruscamente.  
 Preparó la cena y la llamó; al comprobar que  
 ella no contestaba consumió la cena solo. Cuando  
 salió de la cabaña para cerrar a sus animales en  
 el corral, dijo otra vez malhumorado:

—Aquí está la comida.

De vuelta en la cocina encendió otra vela, por-  
 que la noche había caído completamente. La co-  
 mida estaba intacta, la puerta entre las dos ha-  
 bitaciones, cerrada.

La contempló sombrío, amargado hasta lo más  
 profundo de su ser. Decidiéndose de pronto, gol-  
 peó con fuerza. No hubo respuesta. Un pensa-  
 miento horrible lo estremeció. ¿Había puesto una  
 tranca a la puerta... y huido en la noche, per-  
 diéndose en la oscuridad donde mil peligros la  
 aguardaban?

Desesperado forzó la puerta con la sola fuer-  
 za de sus hombros y penetró en el interior de  
 la habitación.

—Adrienne... ¿estás ahí?

Silencio. ¡No había nadie! Pero no. Allí estaba  
 Adrienne, en la cama, cubierta con las cobijas  
 hasta el cuello. Tenía los ojos cerrados, pero Phi-  
 lippe supo por el temblor de sus labios que no  
 dormía y que el terror la dominaba.

—No tiene por qué temer mi presencia—pensó  
 desdeñoso. No la rozaría siquiera con un dedo;  
 era un caballero por encima de todo y también  
 sabía odiar... aunque no tan fieramente como

ella. Pero ese era su lecho y bastante amplio por cierto...

En voz bien alta, dijo:

—Este es el único lecho en la casa...— Apagó la vela y se echó a descansar vestido. Pero no podía dormir; estaba demasiado consciente de la presencia de Adrienne, yaciendo aterrizada e inmóvil refugiada contra la pared. Al fin, con una exclamación reprimida se levantó y recogiendo varias pieles las arrojó en el piso de la cocina, acostándose allí.

Pasaron los días uno tras otro. Era una vida imposible, una sucesión de horas enloquecedoras, lo comprendía Philippe rebelándose contra su suerte. El cocinaba; comían en silencio; salía a trabajar los campos llevando algún alimento y no volvía hasta al anochecer. Por la noche dormía en la cocina.

Un día, al volver, encontró a Adrienne de pie junto a la ventana abierta, triste su expresión, pesados los ojos con una congoja que partía el corazón.

—En qué piensas, Adrienne?—preguntó.

—Pienso que las ramas muertas de los cipreses son como brazos humanos elevados al cielo en demanda de protección...

El primer domingo después de la llegada de Adrienne, se sentó Philippe frente a su cabaña tejiendo una cesta con hojas de palmera. Lo que hacía la joven en el interior no se molestó en averiguar. Pero al sonido de remos en el agua levantó la cabeza y comprobó turbado que llegaban visitantes; Joseph y su esposa Jeanne, sus vecinos más cercanos—dos leguas río abajo.—Joseph se había conformado con una muchacha del país, una de las que él mismo despreciara. Pero Jeanne probó ser una buena esposa; trabajaba en los campos junto a Joseph, cocinaba, limpiaba la cabaña... y su hijito nacería para Navidad.

Philippe se puso de pie, sintiendo más que nunca lo profundo de su infelicidad; sus amigos verían qué clase de mujer era la suya y lo compadecerían. Con súbita resolución penetró en la cabaña. Sentada junto a la ventana, Adrienne tenía un libro abierto en la falda, pero no leía; sus ojos fijos en la distancia hablaban como siempre de una gran tristeza.

—Adrienne...—la voz de Philippe era severa.—Tenemos visitas. Joseph Guichard y su esposa Jeanne, nuestros vecinos.

—¡Ah! Entonces hay otros blancos por aquí... Usted me dijo...

Philippe enrojeció. Poder incomprendible el de esta mujer, a quien una sola palabra bastaba para sumirlo en la confusión...

—No fué mi intención engañarte. Pero tampoco podía permitir que te presentaras delante de ellos como una mártir.

—¿No?—Siempre lacónica, siempre turbadora, siempre incomprendible.

Philippe miró por la ventana.

—No hay tiempo de discutir ahora. Pero te digo esto: no quiero ser humillado en presencia de extraños. Vendrás a recibir a mis amigos conmigo.—La tomó de las muñecas forzándola a ponerse de pie.—Te conducirás mientras estén ellos como lo haría una buena y verdadera esposa...

Ella elevó un rostro desafiante.

—¿Y si me niego?

La presión en sus muñecas aumentó.

—Entonces...—murmuró Philippe.—Entonces me obligarás a que... te castigue...

Lo miró de frente, sus grandes ojos alarmados, incrédulos. Después, su mirada cayó en su muñeca.

—Me lastima usted...

La soltó como si las palabras hubieran sido puñaladas. ¡Cuán pequeña y frágil era! ¡Y tan adorable...! Por un instante sintió deseos de pedirle un poco de bondad. Pero ya se oía la voz de Joseph en el sendero.

—Obedece—ordenó. Un momento después saludaba a sus vecinos con palabras de bienvenida.

—¡Pasen! ¡Pasen! Hace mucho tiempo que no recibía el placer de esta visita y entretanto ha habido cambios de importancia aquí.

Ofreció sillas mientras hablaba procurando dominar el temblor de sus manos y de su voz al llamar:

—¡Adrienne!

Los brillantes ojos de Jeanne relucieron; su rostro oscuro de rasgos irregulares se iluminó con una ancha sonrisa.

—Esto quiere decir que ha llegado por fin la

joven que pidió usted a la vieja patria, a quien esperó durante tanto tiempo...

—«Mais oui»—respondió Philippe, pero contuvo el aliento esperando, preguntándose si ella sería tan cruel de abandonarlo ahora.

—Me alegro por usted, Philippe—felicitó Joseph.—Una buena esposa es un tesoro inapreciable.

—¡Adrienne!—repitió imperativo.

—Sí, querido. No te impacientes... Ya voy.—Su voz era dulce música a los oídos. Philippe creyó haber oído mal... Pero no; allí aparecía ella en el umbral de la habitación grande, sonriente el



rostro, una nube de encaje azul, del mismo azul de sus ojos, velando su niveo cuello y los hombros.

El pasmo de Philippe fué en aumento a cada minuto transcurrido. Adrienne saludaba a sus huéspedes con todo el encanto y la gracia de una dama aristocrática recibiendo en su propio salón. Devolvió al tímido Joseph su presencia de ánimo y ganó en pocos segundos la admiración incondicional de Jeanne.

—No—dijo en respuesta a una pregunta de ambos.—No encuentro a este país solitario «pas du tout». Es cierto que me asusté un poco—los primeros momentos de mi llegada, naturalmente.—Pero cuando ví a Philippe, mi querido esposo, supe que no tenía por qué temer. Los bosques, la soledad, la quietud, todo me impresionó al principio. ¡Era tan distinto de lo que esperaba hallar!

Para Philippe había una nota de sinceridad en el tono de Adrienne ahora.

—Sí—pensó.—Dice la verdad por primera vez... ¡Qué voz tan dulce posee! ¡Cuánta distinción! Nunca me habló a mí en esa forma...

—En Francia, ya lo saben ustedes—proseguía Adrienne—cuentan de un paraíso terrenal en la selva, de plata y oro, de esclavos, de increíble magnificencia...

Joseph asintió:

—Sí... Necesitan colonizadores y hacen correr esas versiones disparatadas con el objeto de atraer gente. Pero la verdad es que en el viejo mundo como en el nuevo nada se consigue sin trabajo.

Un poco más tarde, Adrienne, diciendo que, naturalmente, los esposos debían quedarse a cenar, condujo a Jeanne a la habitación grande para lo que Joseph denominó «charlas de cosas de mujeres». A solar con su huésped, Philippe se vió obligado a hablar de su cosecha; pero una extraña inquietud lo dominaba, tendía el oído ansioso. ¿Qué diría Adrienne, no estando él presente? De cuando en cuando llegaban hasta él retazos de conversa-

ción. La voz de Jeanne:

—Esta casa es preciosa... y los muebles hechos...

Adrienne se había acercado a la puerta y la respuesta fué distintamente audible:

—Es todo obra de Philippe... El lo hizo con sus propias manos; creo que sólo por eso sería. Pero es en realidad un trabajo maravilloso. ¿Ve usted el diseño que ha esculpido en el jacinto que crece en el lago y las flores? Es el jacinto que crece en el lago y las flores observe la reproducción exacta de su belleza.

Nueva sorpresa para Philippe. El no sabía que ella había notado el diseño. Sus palabras llenaban su corazón de felicidad.

—¿Y el añil? ¿Cómo crece el añil?—preguntó Joseph por tercera vez.

Sólo tenía una respuesta para esto.

—Podemos salir y lo comprobará usted—y sin embargo, Philippe no hacía la menor de buen grado. Había que preparar la cena. Adrienne no sabía nada de esas cosas. Pero Joseph caminaba despacio, lo observaba con atención. Cuando por fin se acercaron de nuevo a la cabaña, estaba ya oscuro.

—«Mon Dieu», ¿qué es esto que huele?—preguntó Joseph.

También Philippe tenía la nariz en el aire. —Tal vez Jeanne está enseñando a mi hijo a preparar un nuevo plato...

—No, querido amigo. Mi Jeanne sabe cocinar lo suficiente para las necesidades de la casa, pero jamás en toda su vida ha logrado preparar la pobre algo que halague el olfato como la cena que usted me trae.

Adrienne apareció en la puerta.

—La cena está servida. Pero no había signos de comida en la habitación grande... el suspiro atónico



—Vine porque ya no había lugar para mí en mi propio hogar. Mi padre contrajo segundas nupcias y me obligaba a casarme contra mi voluntad.

—De manera que...—interrumpió Philippe— pensaste que era mejor casarse con un hombre a quien no habías visto jamás, que con uno elegido por tu padre... Y ahora te arrepientes a cada minuto de no haberlo aceptado, ¿no es cierto? Bien, puedes irte cuando quieras; a mí no me importa...

Adrienne dió media vuelta: —Esas palabras no son agradables de oír...

—Y hay otra cosa: es cierto que yo escribí al padre Bobé para que me enviase una novia, pero más tarde le escribí otra vez diciéndole que yo mismo iría a Francia a buscar una esposa a mi gusto. Cuando tú llegaste, no te quería más que tú a mí...

Se calló bruscamente y se dirigió a la puerta abandonando la cabaña.

A la orilla del lago se detuvo y permaneció largo rato contemplando las tranquilas aguas con una tormenta desencadenada en el alma. Se avergonzaba ahora de su cólera, pero... la joven era enloquecedora. ¡Y tan hermosa!... Delante de sus amigos había realizado tan completamente el ideal soñado. Las palabras de Joseph volvieron a su mente: —Un hombre y una mujer, uno con el deseo la otra con la buena voluntad... Pero Adrienne no tenía buena voluntad, ella sólo tenía odio. Elevó los ojos a la azul bóveda del cielo y a las primeras estrellas pálidas. Esa hora en presencia de los dos invitados, él y Adrienne habían actuado como si se amaran. La farsa, para él al menos, tuvo visos de realidad: si en alguna forma podía inducir a Adrienne a continuarla, quizá... también a ella se le antojara realidad y entonces...

Volvió pensativo a la cabaña. Adrienne estaba doblando cuidadosamente el mantel de encaje.

—Lamento mis palabras, Adrienne. Perdónome y ven, sé razonable. Siéntate.

Ella vaciló; después, como impulsada por la dulzura del tono varonil, se acercó, tomando asiento frente a él.

—Tú no deseas quedarse aquí... conmigo—prosiguió Philippe quietamente.—Y tampoco te que-rría yo...—su voz se quebró—contra su deseo. Si tuviera dinero, te lo daría sin vacilar para que pagaras tu pasaje de vuelta a Francia. Pero no poseo nada... Muy pronto venderé la cosecha. Lo que resulte no bastará, sin embargo, y he pensado que si tú me ayudas en el cuidado de la casa, yo podría ir a menudo al bosque a cazar y así conseguir más pieles para vender... Vamos, Adrienne, ¿qué me contestas?

Los ojos de Adrienne brillaron más que nunca,

su mirada sostuvo la de él significativamente. ¿Estaría usted dispuesto a eso—¿Y me enviará a Francia?

Philippe exhaló un profundo suspiro, pero contestó con firmeza: —Sí. Te doy mi palabra de honor.

—¿Me pide sólo que cumpla con los quehaceres domésticos?

—Sí... Aunque, naturalmente, eso implica un poco de conversación y trato amable de tu parte. Adrienne extendió su blanca manita en un gesto firme.

—Sea. Está firmada la paz.

Adrienne supo cumplir su parte del convenio. Se levantaba al amanecer, hacía la comida, arreglaba las ropas y pronto, bajo sus habilidosas manos, la pequeña cabaña brilló como un palacio. En ocasiones también trabajaba en el campo al lado de Philippe. Su conversación era impersonal, pero gentil; su belleza aumentó esos días, con el dorado ardiente que el sol prestó a su piel y el reflejo de la salud en toda su encantadora personalidad.

—Sí—asintió Philippe a sus propios sentimientos, ella mantenía su palabra y él le demostraba que podía cumplir con la suya.

Por fin, un día, con el rorazón pesado, cargó su piragua y remó río abajo. Hizo un buen negocio en la colonia del lago: había dinero suficiente para el pasaje de Adrienne y mientras estaba allí arregló con un capitán de velero el viaje de la joven a Nueva Orleans. Pasarian por ella el martes a la tarde, si no se presentaban inconvenientes, prometió el capitán. Sólo tenía, pues, tiempo para volver y anunciar a Adrienne la partida.

Adrienne aceptó las nuevas imposibles:

—Gracias—dijo—y sin más se puso a preparar la comida.

Al día siguiente, mientras ella preparaba su baúl, Philippe completamente aturdido se dirigía al campo; se movía en una especie de sueño, de pesadilla. Nada le parecía real. Comieron en el mismo silencio pesado de los primeros días, después Philippe llevó el baúl, depositándolo a la orilla del lago. Pero no podía soportar el contemplar su partido, cómo se alejaba para siempre de su lado.

Resueltamente se dirigió a ella que permanecía sentada junto a la ventana con una impenetrable mirada fija en el lago por donde debía aparecer el bote.

—Tengo que cortar algunos árboles—dijo y su voz se hizo ronca.—Me despediré de ti ahora.

Ella se levantó extendiendo la mano: —Entonces... nuestro contrato concluye.

—Sí—el tono de Philippe era amargo.

—No necesitas esforzarte, pues, para ser amable. Puedes decir lo que sientes...

—Entonces diré que eres un hombre noble, Philippe, y muy bueno. Gracias por todo...

Deslumbrado, Philippe quiso hablar, pero el encanto se rompió; ella había retirado su mano. Este era el rinal. Nada había conseguido con su pequeño plan, lo sabía, lo había sabido desde el principio. Cargando su hacha salió casi corriendo para no ceder a la tentación de estrecharla entre sus brazos.

La noche cubría con su negro manto el lago, los campos sembrados, la selva, cuando volvió a la cabaña lento el paso, pesado el corazón. Adrienne le había dejado la cena preparada, pero la contemplación, el silencio de la cabaña vacía fueron demasiado para él y no pudo pasar por su garganta contraída un solo bocado.

Sin encender la luz se dirigió a la habitación grande. Al menos, se dijo con amarga burla, esta noche dormiría en su lecho, no en el duro suelo de la cocina...

En la oscuridad, a su lado, muy cerca de la pared percibió un leve rumor.

Lenta e incrédulamente extendió una mano trémula, rozando una carne tibia.

—¿Adrienne?... ¡Tú... aquí?

—Sí...

Y lo extraordinaria, lo increíble sucedió: ella no rechazó su mano.

—¿Por qué? ¿No vino el bote?

—Sí... el bote vino...

—Entonces...

Me negué a partir. En realidad no quise irme nunca.

—¿Quiere decir que permanecerás... aquí?

—¿Aquí? La voz dulce, ahora como siempre, llevaba la palabra de él a otro significado. —Pero, naturalmente... Sólo hay, como tú mismo dijiste, un solo lecho en toda la casa...

# LA FATALIDA PESA SOBRE LOS Habsburgos

Un gran reportaje de MAURICE JERNE

**E**L hombre salió del garage y fué al puesto de gasolina, en la acera. Comprendió que éramos franceses y preguntó: —¿Cuánto?

—Diez litros—dije.

El tomó su lanza y yo abrí el capot del auto. Tenía delante de mí, vestido con un mono, a uno de los hombres más novelescos de la historia. Novelesco por sus orígenes, por su juventud ahogada en un pasado demasiado grande, y por el exorcismo de su destino. En su mirada clara se encontraba como en la de todos los verdaderos Habsburgo-Lorena, la melancolía pesada y fija que evocan Ticiano y el Greco en los retratos de Carlos V y Felipe II. Pero ahora este personaje llenaba sencillamente el depósito de nuestro coche. Yo había ido expresamente a ese garage de Viena para hablarle; y no me atrevía.

En el mecánico frente a mí se evidenciaba y completaba la filiación directa del emperador Francisco-José y de Isabel de Austria; llevaba en sus venas la sangre de Luis II de Baviera, el ahogado del lago Sternberg; tres razas demasiado antiguas, alucinantes, se reunían en él: los Habsburgo, los Lorena y los Wittelsbach.

Sobre todo era el nieto del archiduque Rodolfo, al que se encontrara muerto en uno de los pabellones de caza de Mayerling, al lado de la criatura levantina, toda dorada, aún en la muerte, María Vetsera.

La voluntad de Francisco-José quiso que fuera él quien transmitiese, hasta nuestros días, el nombre del abuelo que hizo que nos pareciera mustio el de don Juan: Rodolfo.

En las pantallas de los cines había visto recientemente «Mayerling» y, de un modo cándido, a su abuelo resucitado en los ragos de Charles Boyer. Para él representaba aquello, más sencillamente, la historia, mientras los ajenos se obstinaban en sobrecargarla de leyendas. Primogénito de su familia pensaba que tenía en su mano el luchar contra todos los que aún, transcurridos cincuenta años, se encarnizan con el cadáver más misterioso. Le quedaba poder suficiente, —estimaba— para salir en defensa de su memoria.

De modo despreciativo, por lo regular, guardaba silencio.

Debido a esta razón yo no me atrevía a interrogar a este hombre. Ganaba su vida en Viena abandonada por los valeses. ¿No se habían convertido, las que fueran habitaciones del archiduque, en despachos comerciales y oficinas de seguros contra incendios, invadidas por el repique-teo de las máquinas de escribir y las llamadas telefónicas?

Sin embargo, a pesar de tanto inhibimiento, y de la vida sencilla el mecánico no podía escapar a su nombre, ni a su destino. Además pesaba sobre él la maldición que perdió a los Habsburgos, a los Lorena y a los Wittelsbach.

La carta que acabo de recibir de Viena me cuenta que deseaba ser campeón, que se emborrachaba de velocidad, y que así se ha matado, entrenándose para una carrera en la llamada costa de los records que lleva a Sommering, donde un año antes del drama de Mayerling se vió en una cacería oficial, a su abuelo tirar en la dirección del emperador, de tal modo que éste no es-

**ARRIBA: Rodolfo, el primero de los Habsburgos, que reinó sobre una pequeña porción del territorio de Austria (centro, derecha e izquierda). Los archiduques de Austria, herederos de la monarquía austro-húngara, asesinados en Serajevo por el estudiante Prinzip en 1914, determinando este hecho el estallido de la guerra europea. Abajo: El Archiduque Fernando, hijo de Francisco José, personaje en la leyenda trágica de Mayerling.**



capó sino por verdadero milagro de tan espantosa muerte.

Otros dramas sombríos que tocan todas las etapas de la historia son patrimonio de la familia, tales como los de Juana la Loca, madre de Carlos V, encerrada por razón de Estado, y don Carlos, el rebelde hijo de Felipe II, que según la versión general su padre hizo ahogar.

Y cuatro meses después del cincuentenario de Mayerling el segundo Rodolfo, entra, a su vez, en el reino desolado de sus abuelos.

He aquí, el drama, lleno de trazos sobrehumanos, de los suyos y de él mismo.

## UN PARTO TRISTE

Estamos en 1883. Tras dos años de matrimonio, ya amargos, agitados por escenas de celos, el archiduque Rodolfo, hijo de Francisco José, espera, al fin, un vástago. Su mujer Etefania, hija de Leopoldo II de Bélgica va a ser madre. La rodean los médicos de la Corte y sus ayudantes, y, llena de ansiedad, la hermana mayor de la archiduquesa heredera, más desgraciada aún que ella en su matrimonio, Luisa de Bélgica, casada con el príncipe Felipe de Coburgo, llamado «el lobo» por

dividir su tiempo entre las cacerías salvajes y las orgías de Sacher, el «cabaret» dorado de las calles vienesas.

En el vecino cuarto Rodolfo espera. Se le agita el crónico mal hereditario que le destruye los nervios: va y viene febril. Va a nacerle un hijo. Lo que ansía. Está salvado.

—A ese hijo—dice a Felipe de Coburgo su inseparable—le educaré para que sea un príncipe liberal, se inspiraré horror a esta etiqueta de seso-cientos años, a la que todos estamos sometidos aquí. ¡Me vengaré!

Así cuando el emperador le llamaba para dar la cuenta de un informe policiaco concerniente a cualquier nuevo exceso de su parte, jamás dejaba de escuchar en el seco tonillo familiar la siguiente advertencia irónica!

—Mientras que tu te diviertes, tu primo cumple con los deberes familiares y de jefe de casa.



Maximiliano



Isabel



Rodolfo



Juan Orth

**LAS MUERTES TRAGICAS EN LA FAMILIA DE FRANCISCO JOSE E ISABEL  
A UNA VELOCIDAD VERTIGINOSA VUELCA UNA MOTO, SE RECONOCE UN CADAVER:  
ES... RODOLFO, HIJO DEL TRAGICO HEROE DE MAYERLING**

- El hermano del emperador: Maximiliano, emperador de México, fusilado en 1867.
- Su cuñada Carlota, mujer de Maximiliano, que se volvió loca en 1867.
- El primo de Isabel, Luis II de Baviera, ahogado en el lago Sternberg, en 1886.
- El hijo Rodolfo, hallado muerto en Mayerling, en 1889.
- El primo Juan Salvador de Austria, llamado Juan Orth, desaparecido en 1891.
- La hermana de Isabel: Duquesa de Alencon, abrasada viva en el incendio del bazar de la Caridad, en 1897.
- Isabel, muerta asesinada en Ginebra, en 1898.
- El sobrino del Emperador, Francisco Fernando, asesinado en Sarajevo, en 1914.
- El sobrino-nieto Carlos I, emperador a su vez, muerto en la miseria en Madera, en 1922.
- El biznieto de Francisco-José, Rodolfo, muerto en un accidente de moto, en Viena, en Junio de 1939.

Esta niña arisca de seis años, que jamás sonríe, lo ha comprendido todo. Después sabrá los detalles de aquella noche de pesadilla en el siniestro palacio. El jefe de la cancillería privada del emperador, el meticuloso barón. Scheissi trae los papeles del muerto, como pudiera traer los de un ladrón. Un chambelán hace desaparecer un estuche en el que se hallan dos jeringas de Pravaz, en plata «el veneno de Rodolfo».

**YO NO QUIERO SER REINA**

Trece años después, en el pequeño gabinete del emperador, el mismo en que éste reprendía a su hijo, una muchacha de voluptuosa belleza se halla frente a Francisco-José, que permanece, según su costumbre, en pie, adosado a su pupitre.

—Abuelo, quiero casarme con Othon.  
—Erzsi ¿es que no tengo bastantes penas? Pien-  
sa que eres mi única descendiente directa; no  
puedes empeñarte; yo quiero que tú seas reina un  
día.

—Abuelo, quiero casarme con Othon.  
El emperador lucha en vano hace una hora con  
esta criatura, nerviosa, indomable, apasionada  
como lo eran su mujer y su hijo. Y no más que  
ellos! Y no la comprende.

Con empeño el emperador pasa revista a todos  
los príncipes de veinte años, los príncipes encan-  
tadores de las Cortes de Europa que se ofrecen a  
la nieta del emperador de Austria, rey de Hun-  
gría y rey de... Jerusalem.

**ABUELO, QUIERO CASARME CON OTHON**

El taciturno no puede luchar más. Por todas  
partes le desbordan los suyos. Todos rechazan la  
férula de la etiqueta. ¡Todos quieren vivir!

Ese Othon que la pequeña reclama, Othon de  
Windsch-Graetz, forma parte de una de las gran-  
des familias llamadas meditaizadas, en número  
de treinta y nueve, que el protocolo del «Fami-  
lien Statut» establecido por Carlos V, coloca des-  
pués de los veintitrés archiduques vivos y archi-  
duquesas. Y los Windsch-Graetz han desempeña-  
do su papel con respecto al trono. No obstante el  
emperador quisiera que la que reemplaza al nie-  
to deseado permaneciese en la gran familia in-  
ternacional de los emperadores y los reyes. Pero  
Erzsi no quiere ser reina. Acaba por casarse con

el que ama, el seductor Othon de Windsch-  
Graetz. Al primer hijo del matrimonio se le da,  
para ofrecerle una menguada satisfacción a Fran-  
cisco-José, el nombre de Rodolfo. Y esto a pesar  
de tantos presagios maléficos. Rodolfo es el futu-  
ro mecánico.

**LA ARCHIDUQUESA ROJA**

Erzsi se divorció. Tenía el sueño de arrancar  
para siempre los lazos malditos huyendo de la  
Corte de espanto. Su hijo mayor, Rodolfo, la si-  
gue. La dama tiene otros dos hijos y una hijita.  
Uno de los muchachos padeció el demonio del  
romanticismo. Es pintor. Se casa con una bella  
modelo.

—Llámenme señora, sencillamente—. Dice Erz-  
si a quienes la visitan.

Sarajevo es el segundo Mayerling.

La guerra. La derrota. La revolución. La mise-  
ria se apodera de la vieja Austria convertida en  
un país demasiado pequeño, con una capital de-  
masiado grande. En las reuniones políticas, es-  
pectantes, se observa a una mujer con el rostro  
siempre hermoso, pero en el que las amargas  
del amor han dejado sus huellas. Cerca de ella, al  
segundo Rodolfo. Erzsi se ha puesto al lado de  
la revolución. Ama a un tribuno socialista. Se  
casa con él. Entonces deja de ser la señora para  
convertirse en la ciudadana Petznek.

Pero el pueblo terco le conserva su título. La  
llama «la archiduquesa roja».

La princesa Estefanía, su madre, la viuda del  
trágico héroe de Mayerling se retiró a Hungría.  
Desde 1900 trata de rehacer su vida: casóse con  
el conde Lonvav chambelán de Francisco-José.  
Y se dedica a las obras de caridad. Implora a  
Dios por el descanso de los suyos, de sus muertos.

Y ahora su nieto desaparece trágicamente, se-  
gún la ley de la maldición y cuatro meses des-  
pués de cumplirse el trágico cincuentenario de  
Mayerling. Ya no queda nada de Rodolfo para la  
vieja señora encorvada, de setenta y cinco años.  
El ciclo se cierra como el agua de un mal torbe-  
llino.

Paris, julio 1939.

**COMO REMEDIO A LOS MALES DEL MUNDO, EL DOCTOR ALEXIS CARREL SUGIERE UN PERIODO DE 25 AÑOS DE INTENSO ESTUDIO PARA LOS JOVENES MAS BRILLANTES DE NUESTRA EPOCA, ASI COMO UN CAMBIO FUNDAMENTAL, PARA CORRIGIR UN ERROR DE 300 AÑOS, EN EL MODO DE PENSAR.**

**H**E aquí una nueva manera para salvar a nuestra vacilante civilización: elegir los más brillantes jóvenes de 25 años que haya en el mundo, y enseñarles todo cuanto la ciencia sabe sobre el hombre durante otros veinticinco años. Pero tendrán que vivir como los antiguos monjes, renunciando por completo, durante ese cuarto de siglo, a la vida con sus placeres. Nada de golf, ni bridge. Nada de teatros y demás espectáculos, ni banquetes o reuniones... Ni siquiera les quedaría tiempo para escuchar la radio.

A la edad de cincuenta, esos jóvenes se habrán convertido en supercientíficos capacitados para decirnos, al resto de los mortales, lo que debemos hacer para impedir las guerras, las crisis financieras y la desocupación. De esos supersabios aprenderemos cómo debemos hacer para salvarnos del destino de Griegos, Romanos, Mayas y otros pueblos del pasado que crearon civilizaciones casi tan grandes como la nuestra, para ser arrastrados después al caos y al olvido.

Este plan es obra del doctor Alexis Carrel, Premio Nobel de Medicina y miembro del Instituto Rockefeller de Investigaciones Médicas. El doctor Carrel es quien descubrió la forma de que los tejidos vivos sigan creciendo fuera del cuerpo, indefinidamente. Su famoso pedazo de corazón de pollo está vivo todavía y creciendo, después de 23 años de encierro en un tubo experimental. Utilizando las palabras de Carrel, ese trozo de corazón ha alcanzado la inmortalidad.

Recientemente, el doctor Carrel y el coronel Charles A. Lindbergh anunciaron haber descubierto un método para trasplantar órganos enteros y glándulas del cuerpo humano a una cámara de cristal, en la cual pueden seguir viviendo varios días, alimentándose artificialmente de sangre—también artificial, puesto que se trata de un sustituto químico—, por medio de un «corazón» mecánico.

Y ahora, el doctor Carrel da al mundo su plan para que podamos salvarnos de la ruina y la destrucción.

«Por primera vez en la historia de la humanidad—dice el doctor Carrel en su libro «El hombre, ser desconocido»—, una civilización que se viene desmoronando está capacitada para discernir las causas de su fracaso. Y por primera vez tiene a su disposición la gigantesca fuerza de la ciencia».

El lector se habrá preguntado más de una vez, por qué la ciencia, capaz de coser y curar un corazón herido, de devolver la vista a un ciego y otros milagros parecidos, no es capaz de buscar y hallar el remedio para los males que aquejan al mundo de nuestros días.

El doctor Carrel cree firmemente que eso sería perfectamente posible, pero que existen dos poderosos obstáculos que lo dificultan por ahora. Uno de ellos es que ningún ser humano puede reunir, en el reducido número de años que se dedican al estudio, los conocimientos necesarios para resolver satisfactoriamente nuestros problemas económicos y sociales. Ese obstáculo desaparecería con la creación del «trust de supersabios» que el doctor Carrel sueña.

El otro obstáculo está en que, no obstante ser enormes nuestros actuales conocimientos científicos, todavía no resultan suficientes. Sabemos mucho sobre las estrellas y los átomos; sabemos bastante sobre los huesos



*Un*  
**TRUST de SUPERSABIOS  
PUEDE SALVAR  
la CIVILIZACION**

*Asi por lo menos lo sugiere el doctor Alexis Carrel por Jane Stafford*

y los músculos, las vitaminas y las calorías. Estamos en condiciones de salvarnos de muchas dolencias, podemos obtener cuerpos fuertes y hermosos, construimos poderosas máquinas que facilitan nuestro trabajo y tenemos medios de locomoción que nos transportan a velocidades fantásticas de un lugar a otro. Sin embargo, no podemos adaptarnos al mundo mecánico que hemos creado a fin de vivir felices y seguros.

La razón de todo esto, a juicio del doctor Carrel, es el error que hace 300 años cometieron nuestros antepasados.

Se recordará perfectamente a Galileo. Fué aquel sabio italiano del siglo XVI, que subió a la torre inclinada de Pisa y dejó caer dos bolas de hierro, una mucho más pesada que la otra, para demostrar a los hombres de ciencia de su día que los objetos pesados no caen más rápidamente que los livianos.

Los estudios de Galileo sobre la gravitación, astronomía y matemáticas, figuran entre los más famosos de aquel sabio investigador, pero el doctor Carrel nos trae a la memoria otra de las contribuciones de Galileo al pensamiento científico. Y fué una interpretación errónea de esa idea específica, lo que, según el doctor Carrel, ha motivado nuestra situación actual.

«Galileo, como se sabe muy bien—escribe el doctor Carrel—, distinguió las cualidades primordiales de las cosas: dimensiones y peso, fácilmente demostradas, de sus cualidades secundarias: la forma, el color y el olor, que no pueden ser medidas. Separó lo cuantitativo de lo cualitativo. Lo cuantitativo, expresado en palabras matemáticas, fué lo que trajo la ciencia a la humanidad».

Hasta ahí todo iba bien, pero, según parece, los discípulos de Galileo cometieron el enorme error de descuidar la faz cualitativa de las cosas. En su afán de medir y pesar, dice el doctor Carrel, redujeron al mundo y al hombre mismo a la física, la química y las matemáticas.

Ese es el grave error que debemos corregir para que podamos abrigar esperanza alguna de salvar la actual civilización, porque en la vida hay cosas más importantes que la física y la química.

«En el hombre—dice el doctor Carrel—, los aspectos que no pueden medirse son más importantes que los sujetos a la ley de la medida y el peso. La independencia del pensamiento, por ejemplo, es tan mental como el equilibrio físico-químico del cuerpo humano y el flujo y reflujo de la sangre».

Otro error secundario, a juicio del doctor Carrel, que empeoró las cosas, ha tenido su origen en el método del filósofo francés Descartes. Las cosas materiales se separaron de lo espiritual, haciéndose independientes de las manifestaciones de la mente. La estructura, el tiempo y la forma en que funciona la máquina humana eran consideradas mucho más reales que el pensamiento, el placer, el dolor y la belleza.

«Ese tremendo error—declara—fué a modo de un desvío que llevó a la civilización por el camino del triunfo de la ciencia y la degradación del hombre».

Con el espíritu y la técnica de la ciencia, que tan preciosas posesiones», Carrel quisiera que nosotros, al trotrajéramos, en pensamiento, a los días de los otros sabios del Renacimiento.

Los jóvenes que han de integrar ese «trust de supersabios», confinados en una institución especialmente equipada (él sugiere el Instituto Rockefeller, donde él ha pasado tantos años recluso, trabajando en problemas de su especialidad científica: la fisiología) se dedicarán por entero al estudio del hombre en sus aspectos, tanto cualitativo como cuantitativo.

deberán estudiar la mente, recientemente ob- exploraciones por los psicólogos, y el espíritu, los «científistas» han tratado generalmente con preocupación, sino con incredulidad.

ciencia ha hecho progresar notablemente nues- conocimientos sobre el cuerpo y sus necesidades sa- a tal punto, que nos ha sido posible obtener más fuertes, grandes y hermosos que los que nuestros antepasados. Los conocimientos sobre on y enfermedades nos han permitido proteger taturas y a los débiles, en tal forma, que ac- te hay un porcentaje mucho mayor que nun- personas que pasan de los cuarenta años.

doctor Carrel cree que todo ese desarrollo físico conquistado a expensas de nuestro desarrollo Y a eso se debe, a su juicio, que, con todos los conocimientos y conquistas científicas, no nos ble solucionar una disputa internacional sin lle- tas guerras, no podemos hallar un modo satis- y permanente de distribuir los alimentos y recursos naturales del mundo, no acertamos a el crimen en sus innumerables manifestacio- en resumer, nos es imposible impedir que nues- tización se derrumbe.

actividades de la mente que Carrel quisiera ver apadas por ese trust de cerebros privilegiados, no mplemente esos procesos mentales que los psicón- han empezado ya a investigar con ayuda de cier- tadas de inteligencia. Al mismo tiempo que la ciencia, deben investigarse a fondo la región, la el misticismo, la estética, la clarividencia y la

nos descuidado todo esto, porque cualquiera de esas resulta difícil de estudiar. Así lo declara, acu- Carrel. Nuestra vida moderna, físicamente fá- ha hecho considerar como innecesario el cultivo de religión, la moral y el misticismo. Tal vez el debe actual del sistema que ha hecho físicamente la vida hará que muchos estén de acuerdo con en que debemos prestar mayor atención a las tades de la mente.

doctor Carrel sostiene que la clarividencia y la a, aunque poco comunes, existen. Exponiénd- perder el prestigio de que goza entre sus colegas cios, insiste en que ambas merecen ser studia- científicamente, porque «son actividades normales, e taras, del ser humano».

to las investigaciones metapsíquicas no deben ser andas por amateurs—advierde—, ni siquiera cuan- os amateurs sean grandes hombres de ciencia, ates filósofos o notables matemáticos. Ir más allá mpo de acción del hombre y hundirse en la teolo- el espiritismo es peligroso, hasta para hombres ustrados como Isaac Newton, William Crookes u Lodge».

quellos a quienes Carrel considera calificados para ar esas cuestiones de la telepatía, la clarividencia, on «experimentadores versados en medicina cli- on profundos conocimientos del ser humano, su ología y psicología, su neurosis, su aptitud hacia a, su susceptibilidad a la sugestión, etc.

personas, según cree, usarán las técnicas de la a y la física para experimentar en los campos clarividencia y la telepatía, estableciendo en for- ara todos sus secretos.

ando hayamos aprendido todas esas cosas que, cuando, actualmente no pueden ser medidas, exis- da alguna», estaremos en posición mucho para solucionar los problemas que ahora nos re- tan desastrosamente indescifrables.

más de sugerir la creación del «trus de supersa- ar, y la corrección del viejo error en nuestro modo o, él ofrece otras ideas tendientes a mejorar el en que vivimos.

re, por ejemplo, que todavía no se ha dicho la a palabra respecto a cuáles son los mejores ali- tos para el ser humano, a pesar de las infinitas in- gaciones que al respecto se han efectuado.

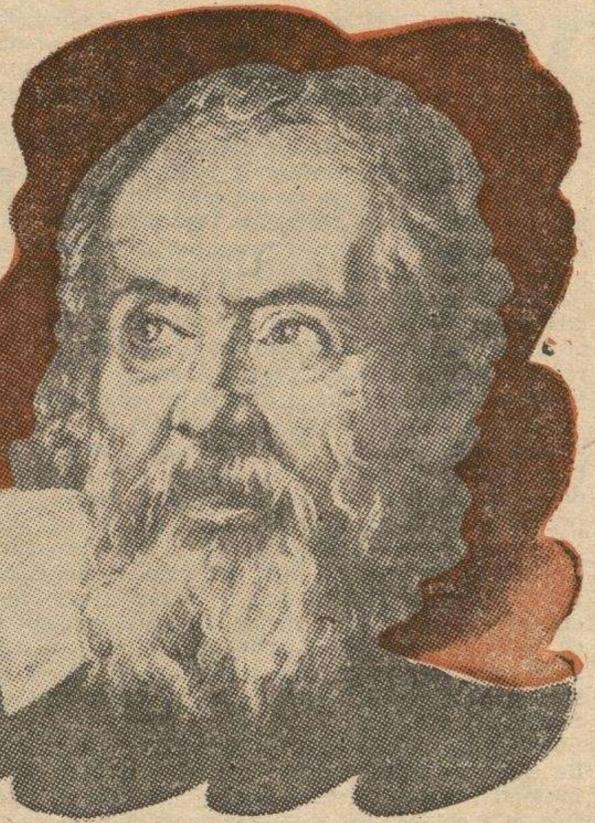
o posible que la cuidadosa ama de casa se entere, con ando dolor, de que todos sus conocimientos, cui- amamente almacenados sobre las calorías y las vita-

minas, deben dejarse a un lado o ser suplementados con nuevos conocimientos. Pero Carrel insiste en que to- davía no sabemos bastante sobre el efecto de los com- puestos químicos contenidos en los alimentos sobre nuestras actividades psicológicas y mentales.

En primer lugar, dice, los experimentos en el ser humano no se han realizado todavía sobre un período



Dr. Alexis Carrel, Premio Nóbel de Medicina, que su- giere la conveniencia de formar un trust para estudio de jóvenes talentosos.



Galileo, famoso astrónomo italiano. La errónea inter- pretación de una de sus ideas ha llevado a nuestra civili- zación al estado angustioso en que se encuentra, declara el doctor Carrel.

suficientemente extenso como para proporcionarnos co- nocimientos adecuados sobre la influencia de una de- terminada dieta.

Los creadores y gobernantes no deben ser alimen- tados, a juicio del doctor Carrel, de igual manera que los obreros manuales o que los contemplativos monjes. Los seres humanos «que vegetan en oficinas y fábricas» necesitan, probablemente, un tipo de alimentos que

no son adecuados para otros seres. «La raza—dice— no se mejorará si nos limitamos a dar a las criaturas mucha leche, cremas y vitaminas.

«Sería enormemente más útil—agrega—investigar en busca de nuevos compuestos que, en lugar de au- mentar innecesariamente el tamaño y el peso del esque- leto y de los músculos, produjeran una mayor fuerza nerviosa y agilidad mental».

Cuando el mundo llega a una de esas encrucijadas sin salida, los pueblos buscan ansiosamente al gran hom- bre que habrá de sacarlos de su situación angustiosa.

Y el doctor Carrel dice: «Tal vez algún día un hom- bre de ciencia descubra la manera de hacer grandes hombres de criaturas comunes, de la misma manera que las abejas transforman la larva común en reina, por medio de los alimentos especiales que ellas saben preparar con tanta inteligencia y tan bien».

## Muy Breves

### UNA AMIGA COMO TANTAS

Beatriz.—Yo siempre he dicho que prefiero suicidarme antes de ser vieja y fea.

Leonor.—¿Y qué es lo que te hizo cambiar de opi- nión, querida?

(Fliegende Blatter)

o o o

### OTRA

Elena visita a un matrimonio amigo cuyo chico de 10 meses ve por primera vez.

El marido.—Apenas tiene 10 meses, el rico, y ya habla. Me ha llamado papá.

Elena.—El pobrecito lindo, tan pequeño como es, todavía no se da cuenta de las cosas.

(Vu)

o o o

### EN EL RESTAURANT

Parroquiano.—Oiga, camarera, algo tienen de malo estos huevos.

Camarera.—Yo no sé, señor, lo que yo «pongo» en este establecimiento es la mesa.

(Potpourri)

### POLICIAL

Ella.—Deténgalo, oficial, ese hombre quería besarme.

Policía.—No se apure, niña, después de todo usted no es tan fea que no pueda encontrar a otro.

(Humour)

o o o

### VALIENTE

—Así es que el ladrón saqueó toda tu casa. ¿Y qué hubo del revólver que tenías siempre debajo de la almohada para estos casos?

—¿El revólver? Pues no lo encontré.

(Wochenschau)

o o o

### FUTURISMO

Mottorascoppio, el gran pintor futurista, mostraba un día su estudio a un amigo. Llegaron a un cuadro que era un hacinamiento extraño de manchas y colores. «Es un retrato, dijo el maestro, pero la cliente quiere que le haga algunos cambios en la nariz». «Eso no sería difícil, supongo», respondió el amigo. «No, dijo el pintor, pero lo malo es que no me acuerdo dónde le puse la nariz».

(Il Travaso)

**V**RIENDO la proyección de la película «Juárez», se despertaban en mi mente algunas comparaciones de orden histórico en la presentación de los personajes.

Al entrar Maximiliano en el calabozo, en donde estaba sufriendo prisión, el que después había de ser uno de los más persistentes en la Presidencia de la República Mexicana, Don Porfirio Díaz, la visión de la escena me servía de comparación para deducir la altura de cada personaje. No conocí, naturalmente, al desventurado Emperador Maximiliano, pero al estar junto a Porfirio Díaz, en una escena de americana ficción, me pareció muy alto el que iba a ser fusilado, y muy bajo de estatura el que fué exilado en el «Ipiranga».

Conocí a Porfirio Díaz, en el propio Palacio Nacional, en una parada militar, con ocasión de celebrarse el 16 de septiembre, fecha de la independencia mexicana. Y aun cuando don Porfirio experimentaba el peso de sus años, su cuerpo acusaba un tamaño hombruno de regular estatura. Cuando aquel General que, por amor a su patria, no veía llegado el momento de dejar la presidencia, se erguía como el Conde de Chestre al entrar en el Palacio Real de Madrid, su estatura era muy superior a la que representaba, metido en su calabozo, ante la del Emperador caído luego en Querétaro.

La figura de «Juárez», El Impasible, que se funde en Paul Muni, merece todos los elogios de la imitación casi perfecta, en todo; también se justifica el elogio a Bette Davis, pues supo dar a la infeliz Carlota la mutación característica. De la felicidad consciente, pasó a la locura, para convertirse en una desdicha humana. Sucesivamente, en mi monólogo, a solas con mis recuerdos, contemplaba otra película, agena a la de la pantalla; el asesinato de Lincoln, con un tiro en la nuca en su palco presidencial; la muerte de Maximiliano, que dió una onza a cada soldado del pelotón de ejecución para que le tirasen al corazón, sin desfigurar su rostro; luego el asesinato del General Prim, en la calle del Turco de Madrid, sabiendo el Jonde Reus quién fué el que había roto el cristal del coche, y pensando vengarse, personalmente, del monstruoso asesino. Y luego recordé Metz, con su rendición y al Mariscal Bazaine, que murió en Madrid, y a Martínez Campos, que fui a su entierro y la variedad de comentarios que la prensa dedicó al héroe de Sagunto. ¡Toda una época se había proyectado en la pantalla de mi memoria!

Mil aspectos variantes surgían en la mente por los naturales recuerdos que la vida deja impregnada en nosotros. Se rejuvenece el pasado, en fantástica aparición. Al ver al indio Juárez, vestido de negro, y con el sombrero de copa, hija de la dignidad de su abogacía, noble, recta, inflexible, interpretada como Moisés al recibir las tablas de la Ley en el Monte Sinaí, para sí y para su pueblo. Yo reverenciaba a aquel ciudadano devoto de una igualdad soberana ante la Ley, de una absoluta supeditación al derecho, y vine a parar, entre la película y sus despertadores avisos del pasado, en la contemplación de una figura, que por lo histórico y por sus bondades había reconocido en la fineza bondadosa de una hija de Juárez, la señora Felicitas, a su paso por la Habana, con su marido español, el señor Delfín Sánchez. ¡Qué despertar tan raro en aquel teatro de Campoamor!

Yo, que en la capital mexicana en la noche anterior al 16 de septiembre, al salir del teatro en donde «La Patita», la tiple Rosario Soler, acababa de cantar su canción: *Yo soy la pata, tú eres el pato*, de la zarzuela cuyo nombre, la pereza de mi mente, no responde al requerimiento, oí, en la calle, un grito contra los «Gachupines», que don Porfirio tenía en gran aprecio y «Juárez» fué casado con Margarita, hija de un «Gachupín» (que si bien era peninsular, no lo fué de la península Ibérica, sino de la Itálica), balanceaba el pesar con gracia, al saber que «Juárez» se había desfilado en el rincón de la casa mortuoria, en la muerte de su esposa, pero al día siguiente, organizó el duelo, con el alma partida y vestido de frac. Llevó a su queridísima mujer al cementerio, como si la llevase a mejor vida. ¡También pensaría la difunta, como otras veces: «Juárez es muy feo, pero es el hombre más bueno del mundo»!

Pues la hija de Juárez y de Margarita Maza, Doña Felicitas, casó con el español Delfín Sánchez, nacido en la provincia de Salamanca (Alba de Tormes), en 1828. Había estado en la Habana, ejerciendo su carrera de ingeniero, desde 1856 a 1864, en cuyo año se trasplantó a México, desarrollando importantes empresas, las cuales causaron la admiración de propios y extraños, construyendo



Paul Muni, creador del personaje filmico de «Juárez», al cual se refiere el autor.

## Divagaciones de un ciudadano

# LA HIJA DE JUAREZ Y SU MARIDO ESPAÑOL

Por José Aixalá

la magna obra del ferrocarril Interoceánico, con otras novedosas construcciones, grandezas de su tiempo, el tiempo de Juárez, muerto en 1872.

Delfín Sánchez, como buen castellano, yerno del indio sin rival, a veces sentía la mortificación de algún impertinente, que le perturbaba en sus trabajos técnicos y en sus estudios, tan propios de su carrera. Para dar una muestra de la rectitud ante la ley, del Presidente Juárez, voy a poner «el botón», que servirá para muestra.

Un día, cierto juez civil, con su personal, se presentó en casa del ingeniero Delfín Sánchez, a ejecutar una providencia. El austero castellano se mo-

lestó y se fué de razones con el juez, injuriando de palabra y después de las manos. El funcionario dictó orden de arresto; y, por un deber de cortesía fué a ver a Juárez, dándole parte de lo sucedido con su yerno.

—¿Qué providencia ha tomado usted? —le preguntó Juárez con toda calma.

—He mandado prender a don Delfín; y a las horas debe estar cumplida la orden.

—¡Está muy bien! Veo, con gusto, que usted es digno del puesto que ocupa.

¡Claro está! Es decir: claro está ¡para una Presidencia de República, a quien le prenden el esposo! Desolada se presentó ésta a su padre, la idolatraba, rogándole su influencia para poner a su marido en libertad.

—Imposible complacerte, hija mía; la Ley lo prohíbe...

¿Quién de nosotros, en iguales condiciones, podría los escrúpulos del indio ante la Ley, que se ser inviolable? «¡Que te crees tú eso!» Esto me he leído, sino que me lo contó la propia hija de Juárez, en casa del señor Francisco Torres y rest, en la esquina de Monte y Zulueta. Levantemos este telón de los sucesos ocurridos en el ochenta y pico del siglo pasado.

Don Francisco Torres, como se le llamaba cariñosamente, llevó a su casa a don Delfín Sánchez y a su señora Felicitas Juárez de Sánchez, hijo de aquel hombre que había dado al mundo la noticia del fusilamiento de un Emperador y de los láteres. Yo, que tenía fea costumbre de ser entremetido, me hice ayudante de don Pancho Torres y, por consiguiente, aproveché la ocasión para hacerme digno del entremetimiento. A don Delfín le hizo gracia mi charla y a doña Felicitas la rria otro tanto. Los demás acompañantes, una vez que don Ignacio Mariscal y otros más, no recordo ahora cómo se las hubieron, porque, a mí sólo interesaba don Delfín y su señora.

Al día siguiente, que era un domingo, don Delfín quiso que le acompañase al teatro de «Tercero» donde había unos artistas mexicanos, a los que quería saludar. En el saludo descubrí una moneda de 20 pesos, vista por primera vez. La pieza de oro mexicana, don Delfín entregó una a cada artista. Ellos la recibieron con el doble interés por la gracia de la visita y la pieza de oro mexicana de veinte toletes que a nadie le venía mal.

¿En qué año ocurrió esta visita? Así como yo preguntaba a los esclavos, en la Vuelta Abajo, se les preguntaba quién era el Capitán General para deducir su año, así también yo me valgo del mismo sistema para calcular la fecha de mi encuentro.

Era cuando empezaban a atracar los buques en los almacenes de San José. El primer «Cataluña» fué el último construido con la clase a popa. Después de éste la preferencia se ha puesto siempre, en los trasatlánticos, en el proa del barco.

Para concluir con este teclado a prisa y riendo, pondré una anécdota que puede servir para fijar la fecha de la visita de la hija de Juárez a la Habana.

Los muelles de San José, eran propiedad de los Condes de Casa Moré, Coronel de los batallones del primer Batallón. El Conde había dado a don Narciso Gelats, administrador del comercio marítimo. La noche del arribo de los buques pasajeros, don Narciso quiso ir de inspección al muelle de San José, para inspeccionar y dar instrucciones, a fin de que los pasajeros desahogados pudieran dormir en la Habana, y tuviesen las facilidades y respetos que su categoría ameritaba. Pero al llamar al sereno, para confiarle la vigilancia de su coche, le dijo el sereno que había sido guardia en un turno vigilante, que había sido guardia en un turno vigilante, que había sido guardia en un turno vigilante.

—Todo lo que usted dice estará muy bien, pero yo tengo la orden de no dejar pasar a nadie sin de cumplirla: tal y como se me dió...

—Es que soy el Administrador de los Almacenes...

—El administrador es el señor Otero y yo no conozco a usted...

Don Narciso pensó que aquel hombre, que era el juez que prendió a Delfín Sánchez, al día siguiente, el señor Gelats, ordenó a Otero que se presentase con el sereno tan cumplidor en la oficina del Banco.

Al ver al pobre hombre con quien se había tratado, se disculpó cuanto supo y pudo.

—Usted cumplió muy bien con su deber y es lícito. Pero, ¡Oiga usted, señor Otero! No se trata en los almacenes a ningún empleado, antes presentármelo para que me conozca.

Julio, 1939.



cios, de entre tronchos de coles, cáscaras de piña, sobras de comida y otras inmundicias por el estilo. Esta ausencia de fuentes de información ha de tenerse, pues, en cuenta, para apreciar en su justo valor la ardua empresa acometida por aquellas personas a quienes en parte, debemos esta lista de programas y carteles que en nuestra colección de viejas postales venimos publicando; entre los que figuran en no escaso número, unos, que hemos encontrado en nuestros modestos archivos, y otros, sacados de nuestros propios recuerdos...

Comenzamos hoy citando una temporada muy simpática de ópera francesa, empresa Nicosias, que el año 1899 dió una serie de funciones en el teatro Albisu debutando a principios del mes de Noviembre con la ópera

**MIGNON**

de la que se hizo el siguiente reparto: W. Meistes, M. Salvador; Lothario, M. Jariel; Laerte, M. Azema; Jarno, M. Fraidurut; Antonio, M. Salvani; Mignañ, Mlle. Jarrie; Director, M. De Swert.

El día 29 de dicho mes se cantó la *Carmen*, de Bizet, por el tenor cubano Mario del Sol.

En noches sucesivas se pusieron las óperas *Aida* y *Africana*, y el día 26 se estrenó en la Habana la ópera del maestro Gounod

**MIREYA,**

inspirada en el famoso poema del poeta provenzal Federico Mistral. Luneta con entrada, 2,50.

Enero 7 de 1902.

Tacón.—Función a beneficio de la Sociedad de Autores Españoles, establecida en Madrid, organizada por don Fernando Díaz de Mendoza, con el siguiente

**Programa.**

I.—El drama «La Dolores», por la compañía de María Cuerrero.

II.—Monólogo por el señor Roncoroni.

III.—La revista «Certamen Nacional», por las compañías de Payret y Albisu, cuyo reparto publicamos para que se vea el nutrido grupo de artistas que funcionaban entonces en ambos coliseos, y de los que guardamos grata memoria:

Secretario, señor Bara; La Morro, Carolina Fernández; La Pecos, María Berenguer; Soleá, Concha Martínez; Agustina, señorita González; La Gallega, señora Rodríguez; El Pata, señor Duval; El Chalán, señor Medina; Gallego, señor Bachiller; Puch, señor Garrido; Esquilaor, señor González; El Pupa, señor Heras; Baraja, señorita Dez; El Café, señorita Pastor; Peleón, Francisca Biot; Jerez, señora Soler; Chinchón, Amada Morales; Priorato, Carmen Duatto; Manzanilla, señora López; Azogue, señor Escribá; Toledo, señor Peralta; Albacete, señor Gamero; Cera, señor Alejandro Castro Jabón, señor Manuel Areu; Trubia, señor Villarreal.

EXISTIO un tiempo en el Negociado de Espectáculos Públicos de nuestro Ayuntamiento, una sección de registro a cargo, durante un buen número de años, de un probado y antiguo empleado de aquel Municipio don José de Lacedonia, hombre de carácter dulce, al parecer; pero que luego accedía por sin salirse de sus deberes, complaciendo a los representantes de las empresas teatrales que iban diariamente a aquella oficina solicitando autorización de sus respectivos anuncios y programas; y conjuntamente las de las obras que habían sido aprobadas por la Censura de Gobernación, a cargo durante los primeros años de la república, del empleado señor Manuel González, paternal amigo del postalista—a quien todos llamaban cariñosamente «Gonzalito», y según frase de la cáscara amarga, pues no pasaba frase concepto alguno que pudiera herir la susceptibilidad del Gobierno o alterar en lo más mínimo el orden público. Gonzalito reñía casi a diabladas batallas con los autores, devolviéndoles a veces, sus libros originales con tal abundancia de rojas tachaduras, que se hacía imposible de primera intención, de corrido. Desde la Resurrección fué, pues, para los autores de teatro, el día en que se suprimió la Censura de Teatros. A última hora se vino a caer en la tierra de que existía en la Constitución un artículo 25 que autorizaba la «libre emisión del pensamiento».

Censor de Teatro fué durante largo tiempo para los autores vernáculos, sobre todo en el término de la Colonia, una sombra maléfica que perseguía sañudamente y sin tregua. De uno a otro—el señor Miralles—tienen aquellos que sobrevivido—¿pasarán de cuatro?—un inexorable recuerdo. Miralles veía en la frase más sencilla e insignificante de un libreto, una «punta» contra la autoridad, o un sangriento epigrama contra la Madre Patria. Cuéntase que cierta vez un conocido y viejo autor criollo llevó a Miralles para que le impartiese su aprobación, un juguete cómico titulado «La Vieja», y el autor le plantó un «No va» del tamaño de una cabeza debajo del mismo título, alegando que «se necesitaba ser un tonto de capirote para no comprender que aquella «vieja» se refería a la «vieja» de la «Barbara»; y aún costó Dios y ayuda que autorizara el señor Miralles. Los autores del teatro jugaban la cabeza distribuyendo en el texto sus obras puntos y comas, de tal manera que trastornaban intencionalmente todo el sentido del diálogo. Después, los actores, al decir las palabras, imprimían el tono y el significado conveniente; y Miralles se tiraba de los pelos, si bien pasaba a mayores, porque era en el fondo una persona amable y un caballero correctísimo.

La plaza de Censor de Teatro solía desempeñarse corrientemente, durante los primeros años de la República, un oficial de la Secretaría de Gobernación, y según su grado de cultura así eran más o menos de las influencias de su féretro los pobres autores vernáculos; recordamos al señor Francisco Díaz Silveira, culto literato y hombre que estampaba su firma al final de la obra censurada, autorizándola sin quitarle ni una sola

palabra. En tantos años de censura de obras y de autorizaciones de programas, ya puede suponerse el número infinito de aquéllas y de éstos que se fueron almacenando en la citada oficina de nuestro Ayuntamiento, y, sin embargo, cuando una vez se acudió a ellas para obtener datos y apuntes referentes a los estrenos que habían tenido lugar en la Habana, obras y programas se habían convertido en pavesas, no quedando ya ni rastro de ellos, con lo que una vez más se demuestra—o se ha demostrado hasta el punto de que el poco o ningún respeto ni atención que se presta a la culpa no ha de echarse, en verdad, a los encargados de aquellas oficinas, dado que el tiempo se hizo una requisitoria para que acudieran a ellas los autores en busca de sus respectivos ejemplares; atendiendo el aviso, si acaso, a la tercera parte de ellos. Las obras que escaparon de la pira exterminadora fueron a parar, a los tambuchos callejeros de la basura pública; y he ahí que en ocasiones llamaban a la puerta para ofrecernos uno o varios ejemplares de aquellas elocubraciones dramáticas, a un precio a medio, o a lo que se diera, extraídos de algún acucioso buscador de residuos alimenticios.

(De la fábrica de Trubia—yo soy el cañón Bon-Bon—espero que llegue—la revolución—Ban-Bon—¿cuándo se armará? ¿cuándo se armará—y al fin se armó).

Miel, señorita Berenguer; Paño, señor García; Fósforo, señor Pastor; Periodista, señora Galeno; Añicónado, señor Güel.

Valencianas: señoras Fuerte, Lopez, Duatto, Soler y señorita Pastor.

Día 18.

Payret.—Estreno de la ópera en un acto del maestro Llano «Tierra» o «El descubrimiento de América», por Rosa Fuerte y los señores Pastor, García y Heras.

Día 25.

Payret.—Estreno de la zarzuela en tres actos, libro de Paso y Dicenta, música de Chapí, «Curro Vargas», en cuyo reparto figuraban los nombres de Carolina Fernández, Rosa Fuerte y la aplaudida característica Francisca Biot que desempeñaba el papel de la «Tía Emplasto», vieja chismosa y enredadora. El «Curro Vargas» lo hacía el tenor Ricardo Pastor. No obstante el prestigio literario de los autores Paso y Dicenta, fuerza es confesar que lo único que el público premió con nutridos aplausos fueron ciertos pasajes en verso, donde las musas de aquellos inspirados poetas se presentaban en todo su esplendor. Curro Vargas quedó aquí y en Madrid como un laudable esfuerzo en pro de la antigua zarzuela española del corte de «El Barberillo», «Jugar con fuego» y otras que se trataba de resucitar. Pero no siempre al esfuerzo acompaña la fortuna, y «Curro Vargas» desapareció pronto de los carteles. Elenco de la compañía de ópera que debutó en el teatro Martí el día 25:

Director de orquesta: Augusto Azzali.  
Soprano dramática: Señorita Linda Rebuffini.  
Soprano lírica: Angelina Turconi.  
Mezzosoprano: Beatriz Franco.  
Primeros tenores: D-Octavi, Barcellini y Francesconi.

Barítonos: Bugameli y Salvatori Vinci.  
Bajos: Italo Picci y Carlos Vizzanrelli.

Además de la obligada temporada de ópera italiana a que nos ofrecía Napoleón Sieni todos los años—podría llamarsele «la oficial»—y que debutaba por Enero o Febrero en los grandes teatros Tacón y Payret, a menudo recalaban en la Habana otras compañías del mismo género, que hacían su aparición en el teatro Irijoa, después de la República, Martí, y en Albisu; por lo que se les llamaba de «ópera barata», sin que por ello desmerecieran en el concepto artístico los factores que solían componerlas.

Esas compañías, como algunas fragatas y corbetas de guardias marinas que se pasaban el año viajando por las Antillas y Centro y Sur América, recalaban de vez en cuando en la Habana, y dicho queda que unas y otras gozaban por ahí sus días de bonanza y corrían también sus temporadas. Una de aquellas corbetas era la alemana llamada «Vinetta», cuyos marineros, oficiales y guardias, al cabo de desembarcar tan a menudo, llegaron a ser populares en la Habana. Veíaseles con frecuencia en los paseos y teatros, siempre correctos. Mas una recepción elegante se dió en el «Vinetta» acudiendo a ella lo más granado de la sociedad habanera, y entre los vapores de la alegría y el champán, es de creer que algunos invitados brindasen por una futura alianza cubo-alemana... Oh! tempora, de los moros!

También navegaba entonces por estos mares de las Antillas una fragata de guerra austriaca, procedente de Trieste, que recalaba aquí en la Habana de vez en cuando, y a la que por consideraciones a S. M. la Reina Regente Cristina, que era de Austria, se le rendían grandes honores, ofreciéndosele a la oficialidad suntuosas fiestas y comidas en el Palacio de la Capitanía General: creemos recordar que la fragata se llamaba «Emperatriz Elizabeth».

Día 31.

Albisu.—Función corrida. La zarzuela en tres actos de Rafael García Santiesteban, música de Barbieri, «Robinson» haciendo el «negrito Domingo» el aplaudido actor cómico Manuel Harreu, y Robinson, Miguel Villarreal.

9 de Febrero.

Tacón.—A las 9.30.—Baile del primer Domingo de Carnaval, por las orquestas de Valenzuela, Félix Cruz y Miguel Simpatía.

(Continuará).



Por el *Dr. Julio Cantala*

Fantasia del dibujante Palacios. La Tierra se acerca asustada en estos días a unos parajes celestes donde puede recibir las más ingratas sorpresas.

**C**HAMBERLAIN y Daladier anuncian que en el próximo mes de agosto una conmoción europea sacudirá al mundo... No es la «trayectoria» de Hitler y la «desviación» del eje Berlín-Roma la que acabará con los mortales si hemos de creer a las pitonisas que estudian el cosmos. Todos los años en esos días la Tierra atraviesa regiones «peligrosas en el tráfico planetario», confusión ocasionada por la proximidad de las Constelaciones Perseo y Leon. En agosto y en noviembre, nuestro planeta se mete por esas regiones en donde ocurren infinidad de explosiones trágicas como la del Cometa Tattle.

**VECINOS PELIGROSOS**

Pero el próximo mes de agosto un nuevo «obstáculo» se avecina en nuestro viaje a través del Cosmos. En esos días, se acerca a la órbita de la Tierra un «asteroide» de unas quinientas millas de diámetro y dos mil toneladas de peso que quizá choque con nuestro Planeta al ser atraído por la fuerza de la gravitación de nuestro globo. Si esto ocurre será un alivio para Daladier y Chamberlain, pero sobre nuestras cabezas pasará la amenaza de la muerte.

Adonis y Anteros son los asteroides descubiertos no ha mucho por el astrónomo belga Delporte. El segundo, iniciará su acercamiento terrestre al llegar la Tierra a las proximidades de la Perseo y la Leon. Por suerte camina «lentamente» sólo a una velocidad de cien millas por segundo y el momento más crítico para nosotros, será en el mes de febrero porque entonces Anteros estará distanciado de nuestro globo «solamente» por dos millones de kilómetros. Esta proximidad es alarmante, si tomamos en consideración que Marte, nuestro más próximo compañero, se encuentra separado por una línea de sesenta millones de kilómetros y en cuanto a cierto asteroide llamado Amor que todos los años causa la alarma de los astrónomos, baila en

su órbita a una distancia de 15 millones de kilómetros de nuestro globo.

**UNA DESCRIPCION MACABRA**

Si esas dos mil toneladas de hierro con su poco de níquel, cobalto y otros metales, se incrustan sobre nuestra corteza terrestre, ocurrirán fenómenos que a buen seguro nos harán olvidarnos de los Estados Totalitarios... Recordemos como se expresa en estas materias el doctor Jean Schilt del Departamento de Astronomía de la Universidad de Columbia. El año pasado al comentar estas posibles catástrofes dijo que el choque del asteroide produciría un desequilibrio en las corrientes marinas y en las mareas. Como consecuencia cambiaría el nivel del agua en el litoral. Por este choque hidráulico muchos pueblos costeros desaparecerían absorbidos por el mar... Australia para muchos geógrafos es un meteorito que llegó a nuestro suelo hace unos 30.000 años quizá consecuencia de la caída de una de las dos Lunas que giraban alrededor de la Tierra desde tiempos inmemoriales y cuyos vestigios se encuentran en la tradición «folklórica» de ciertos pueblos del África Oriental. Las Azores, las Canarias y Madeira, son también fragmentos de otro visitante que llegó sobre el Océano y acabó hace unos 15.000 años con la Atlántida famosa que sólo vislumbramos a través de Platón.

**LA DEFENSA NATURAL DE LA TIERRA**

Por suerte la velocidad de la Tierra y su rozamiento a través de la atmósfera evita estas catástrofes. Caminamos a una velocidad de 2.000 millas por segundo. La Tierra envuelta en sus capas atmosféricas constituye una especie de triturador mecánico que convierte en «harina cósmica» los diminutos planetoides que osan acercarse a nuestros dominios. De esta acción pulverizante se deriva la «lluvia de fuego» de que el vulgo nos habla en sus viejas consejas. La acción de la velocidad terrestre transforma esas grandes masas metálicas (meteoros y meteoritos) en infinitos fragmentos

microscópicos de hierro que a veces flotan en el espacio en forma de «nubes metálicas» cuya influencia es decisiva en el estado eléctrico de la atmósfera. Por estos cambios eléctricos se originan la emigración de muchos animales como la del reno en la Siberia, la ciertos pájaros, la de muchos insectos que caen sobre los campos como plagas malditas para nuestras cosechas... Son sencillamente animales «sensitivos» que responden a la acción eléctrica de las nubes metálicas que en el conjunto, forman una enorme batería eléctrica que dispara cataratas fantásticas de electrones sobre los seres diminutos que habitan sobre la corteza terrestre...

¿Qué ser humano no ha sentido también la influencia de estas reacciones eléctricas en la atmósfera?... Hay días que el sistema nervioso vibra con una actividad histérica ante los estímulos externos; hay otros días que el organismo casi permanece inerte ante esa acción estimuladora de los nervios... Así respondemos ante la acción de la harina cósmica originada por nuestra Tierra al triturar fragmentos de astros en el espacio.

**HERMES ESTUVO A PUNTO DE CHOCAR CON LA TIERRA EL AÑO PASADO**

Anteros la amenaza de estos días no se acerca hasta nosotros; somos nosotros que nos metemos en regiones peligrosas en donde algún día encontraremos un disgusto... Las «Perseidas» y las «Leonidas» son una hemorragia de estrellas que encuentra nuestra Tierra en los citados parajes de las Constelaciones de Perseo y Leon. Más que «estrellas» son fragmentos de astros, pedazos insignificantes de cortezas estelares, pero un día puede llegar en el que en vez de enemigos insignificantes, surja un «obstáculo» de importancia que con ánimo de espadachín se oponga de manera definitiva a la trayectoria de la Tierra. Todavía tiemblan los que leyeron la comunicación del Observatorio de Johannesburg (Sur Africa) en enero del año pasado. Se anunciaba que un planetoide estaba a 400.000 millas de la Tierra (unos milímetros en términos astronómicos) con una masa que superaba a otros visitantes previamente conocidos. El doctor Karl Reinmmouth del Observatorio de Heidelberg (Alemania) dió a su vez la voz de alarma. A mediados del citado mes había observado ciertas rayas en las placas fotográficas con las que intentaba «registrar» ciertas estrellas. Algo ocurría en los espacios que «estropeaba» la sensibilidad fotográfica. Era el duende descubierto en Sur Africa que fué definido en Alemania como «Objeto Reinmmouth 1938. U. B.» y que por suerte siguió su trayectoria hacia el infinito con el nombre de «Hermes» «1-1939-ORONIS» Y «R-CORONA BOREALIS».

Algo ocurre por los cielos que es síntoma de que por allí existe una efervescencia parecida a la que sufrimos actualmente en la Tierra. El día 21 de junio reciente el doctor John Titus del Observatorio de Yerkes comunicó a los miembros de la «American Association for the Advancement of Science» que en la Constelación Orión existía una estrella con emanaciones de luz de una intensidad y forma potentes a la vez que extrañas. El título de tan exótico astro es «1-1939-Orionis» y el haz luminoso, por su potencia, recuerda a la cola de un cometa aunque el astro no ha sido definido como tal. En los últimos cuatro años este individuo estelar ha aumentado su intensidad luminosa 3.600 veces. Al mismo tiempo otro astrónomo también del Yerkes, el doctor John O-Keefe hizo saber la existencia de una estrella, «R-Corona Borealis», que emite una especie de «polvo» sólo de un lado como si un enorme pulverizador impulsara a este astro a inundar los espacios astronómicos con su misterioso gas... Antero con su dos kilómetros de diámetro y sus dos mil toneladas de peso, tarda dos años en hacer su revolución alrededor del Sol. Quizá le ocurre lo que a otros tantos hermanos que han pasado sin ofendernos por nuestras vecindades. Desde el 1801 cuando el astrónomo italiano Piazzi descubrió el primero que llamamos «Ceres» han pasado muchos aterrizando en nuestra corteza por fortuna sólo los de menor cuantía. Pero si Antero se desvía en su eje un grado y medio, acabará con los «otros ejes», el de Berlín-Roma y hasta con los encuentros de éste y ante tal catástrofe,

# NUEVO PLAN PARA LOS SORTEOS DE LA LOTERIA NACIONAL

## TODOS LOS MIERCOLES

UN PRIMER PREMIO MAYOR .....	\$ 70,000.00
UN SEGUNDO PREMIO MAYOR .....	" 10,000.00
UN TERCER PREMIO MAYOR .....	" 5,000.00
10 PREMIOS DE \$ 500.00	
20 PREMIOS DE " 100.00	

### PREMIO A LOS TRES TERMINALES DE LOS TRES PREMIOS MAYORES

TODO BILLETE CUYAS TRES ULTIMAS CIFRAS SEAN IGUALES AL

<b>Primer Premio</b>	el billete entero ganará .....	\$1,500.00
	la hoja .....	\$ 150.00
	la fracción .....	\$ 15.00
<b>Segundo Premio</b>	el billete entero ganará .....	\$ 500.00
	la hoja .....	\$ 50.00
	la fracción .....	\$ 5.00
<b>Tercer Premio</b>	el billete entero ganará .....	\$ 200.00
	la hoja .....	\$ 20.00
	la fracción .....	\$ 2.00

### A D E M A S:

1,029 PREMIOS DE \$60.00

99 premios de \$60.00 a la centena de cada uno de los tres premios mayores. Aproximaciones anterior y posterior a los tres premios mayores.

**A REPARTIR \$212,800.00 EN PREMIOS**  
**AHORA MAS OPORTUNIDADES QUE NUNCA**

# LA VUELTA AL

# MUNDO del BUEN HUMOR



### ANTECEDENTES

—Yo le daría trabajo; pero, ¿sabrá manejar la bomba?  
—¡Oh, señora! He sido anarquista quince años.

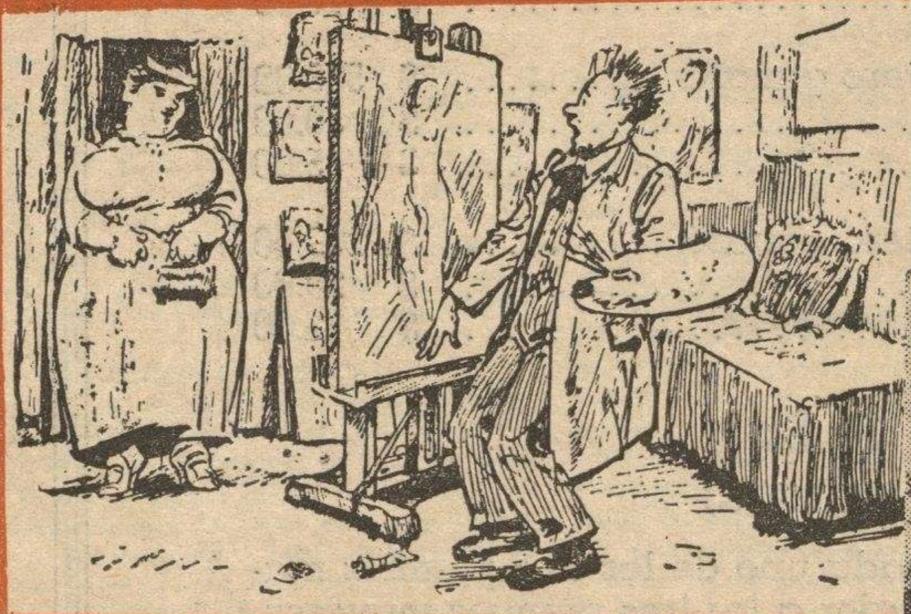
**GUIA DE MUSEO**  
—¿La salida, hijito? ¡Muy fácil! Atraviesas la décima Dinastía, la sala de porcelanas de la dinastía Ming; a la derecha, el Renacimiento italiano, y luego... ¡ya estás!

(The New Yorker, N. Y.)



### AUN ESTA A TIEMPO

**EL MEDICO.**—Deje el tabaco, capitán, y alargará la vida 20 años.  
**EL CAPITAN.**—¿No es demasiado tarde ya?  
**EL MEDICO.**—Nunca es demasiado tarde.  
**EL CAPITAN.**—Entonces, lo dejaré dentro de 10 años.



### EN EL ESTUDIO DEL PINTOR

—Mi hija está enferma; y yo me he dicho: voy a servir de modelo a ese buen hombre.

(De Humoristische Listz, Praga)



### EN EL RESTAURANT

—Jovencita: ¿qué quiere decir fricasé de pollo de la casa?  
—Eso es el pollo de ayer, señor.  
—¿Y esto de pollo de ayer?  
—¡Es el pollo asado de anteayer!

(De Vu, París)